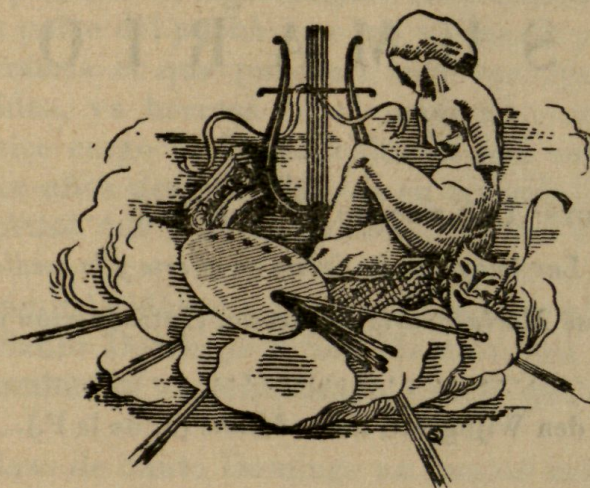


# ARTE ESPAÑOL

REVISTA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE



SEGUNDO CUATRIMESTRE

MADRID  
195.7



# ARTE ESPAÑOL

REVISTA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE  
AÑO XL. XV DE LA 3.<sup>a</sup> ÉPOCA - TOMO XXI - 2.<sup>o</sup> CUATRIMESTRE DE 1957

AVENIDA DE CALVO SOTELO, 20, BAJO IZQUIERDA (PALACIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL)

DIRECTOR: D. ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

SECRETARIO DE REDACCIÓN: D. JOAQUÍN DE LA PUENTE PÉREZ



## S U M A R I O

|  | Págs. |
|--|-------|
| EMILIO SALGADO BENAVIDES: <i>Una maqueta del viejo León</i> .....  | 323   |
| CASTILLO DE LUCAS (Dr.): <i>Las imágenes de Cristo en el arte y la medicina populares</i> ....             | 329   |
| <i>Los diarios de viajes de José María Rodríguez-Acosta</i> . (Introducción de JOAQUÍN DE LA PUENTE.)..... | 337   |
| BIBLIOGRAFÍA: Frank van den Wijngaert, <i>Joris Minne</i> (J. de la P.).....                               | 362   |





# Una maqueta del viejo León.

Por EMILIO SALGADO BENAVIDES

**E**S problema de interés no solamente urbano, sino también artístico, el fenómeno del crecimiento de algunas pequeñas poblaciones españolas durante estos últimos cuarenta años, siendo León una de las que más honda transformación ha sufrido al desbordar los viejos recintos amurallados romano y medieval, convirtiéndose en la moderna ciudad de hoy.

Mi afición a la búsqueda de viejas fotografías del León antiguo me permitió reunir un archivo que, si no nutrido como para ser completo, resultó suficiente a sugerirme la idea de plasmar en algo tangible recuerdos de mi infancia y juventud, haciendo revivir una parte del pueblo que me vió nacer y con la pretensión de que a alguien más interesaría el que pusieran ante sus ojos, fielmente reproducida, una estampa cuya idea, ya borrosa en su memoria, terminaría por desaparecer.

En seguida me hice cargo de las dificultades que entrañaba el reconstruir un trozo de ciudad, hace años desaparecido en su trazado, en sus edificaciones y en su ambiente; pero pensé que con entusiasmo, cariño y constancia podría realizarse.

Al buscar el rincón más idóneo a nuestro objeto, nos pareció indicado el de las antiguas plazas de Santo Domingo y San Marcelo; son ellas la porción de León que más profundo cambio ha experimentado y en la que el contraste es más manifiesto.

Era la antigua plaza de Santo Domingo un recinto urbano de trazado irregular, construcciones anárquicas y heterogéneas y centro muy concurrido allá por los años de fines y principio de siglo. Colocada extramuros—aunque materialmente pegada por uno de sus lados a un lienzo de la Cerca Nueva—estaba enmarcada por edificios modestos, sin pretensiones artísticas, pero con actividad comercial y social suficientes para darle ese movimiento tan típico y agradable de las viejas plazas provincianas, no exentas de sabor y colorido algunas veces.

Había en ella uno de los lienzos—bordeado por una vieja reja—del antiguo Hospital de San Antonio Abad, un alto y blanqueado paredón perforado por altas ventanas enrejadas. Un convento de monjas recoletas, con su fachada enladrillada y amplios entrantes rellenos de morrillo. Una talabartería con su mercancía abigarrada y múltiple. Fondas de la época de donde salían, dos veces a la semana, las diligencias en sus viajes hacia la montaña o hacia pueblos de la llanura. Un torreón medieval, del siglo XIV, mordido por los años y correspondiente a la muralla de Alfonso XI, y otros varios pequeños edificios, no faltando el mesón, el típico mesón de los tiempos de la arriería española, con su ancha puerta, su balcón repleto de tiestos y de pájaros y en el que hacían sus etapas de descanso aquellos



arrieros maragatos que tanta fama alcanzaron en toda España por su seriedad y honradez. Era el mesón de "El Pico".

Todo este marco encuadraba un espacioso recinto con su parte central de canto rodado y en cuya masa pétreo anclaban—algunas parecía que desde la eternidad—variedad de *tiendas del aire*, desde la que tenía alguna pretensión de modernismo hasta la más modesta y primitiva, con su blanco telón, que le daba un cierto aspecto de velero huído del mar. No faltaba el pacienzudo alquilador de carros que, tranquilamente sentado, esperaba la llegada de algún cliente.

El tráfico, la actividad y el movimiento de esta plaza, no excesivo en las jornadas ordinarias, aumentaban los días de mercado por la llegada a ella, y para su transacción, de algunos productos del campo que los aldeanos de los viejos pueblos limítrofes traían en sus carros de vacas, que, desuncidas y *resignadas*, se pasaban las horas en un rumiante constante.

He aquí descrita, en grandes pinceladas, nuestra plaza de Santo Domingo, una de las reproducidas en la maqueta y de cuyo trazado, edificaciones y ambiente no queda nada en la actualidad, habiendo sido reemplazada por la espléndida de hoy, centro vital, en todos los aspectos, del León moderno.

Desde ella y por una estrecha encrucijada (1) se entraba (2) en la de San Marcelo, ya dentro del recinto amurallado. Era entonces, y es ahora en su comparación con la anterior, muy distinta, pues a diferencia de ella está enmarcada por algunos edificios de valor monumental, entre los que destaca, con mérito sobresaliente, una de las fachadas del Palacio de los Guzmanes. También su trazado y algunas de las casas han sufrido un profundo cambio o han desaparecido, teniendo en la actualidad otra fisonomía y carácter, abriéndose a la de Santo Domingo en una perfecta continuidad, tan sólo interrumpida por la iglesia que, antaño empotrada por sus pies en el viejo Hospital, hoy está exenta.

Tenía también esta plaza viejos caserones con porches, fondas, tiendas de diferentes mercancías y una gran variedad de actividades. De todo ello sólo se conserva en el momento el caño y los edificios monumentales que contribuyen a enmarcarla. Son ellos: una fachada del actual Palacio de la Diputación (Casa de los Guzmanes); el Ayuntamiento; una casa señorial y la iglesia. Todos van reproducidos con la máxima fidelidad.

(1) Ver Plano.

(2) Efectivamente, por este angosto pasadizo se entra a la plaza de San Marcelo, pues él corresponde al espacio dejado por el derribo, no muy lejano, de una de las puertas de acceso abierta en la Cerca Nueva y que, denominada primero de Fajeros, se llamó posteriormente de Santo Domingo. El padre Risco la consigna en el plano que acompaña a su obra "Historia de León".

Es sabido que esta ciudad tuvo su origen del campamento romano de la Legión VII Gemina, fundada por Galba en España para ir contra Nerón y que, después de varias vicisitudes se asentó definitivamente aquí para protección contra astures, principalmente, y defensa de los trabajos de minería de la rica región de León y Asturias. Fuera el campamento, fuera la población civil (canabae) formada a su alrededor—pues es asunto todavía no resuelto (Schulten: *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*)—, en el siglo III, y ante la amenaza de una incursión de francos que penetraron profundamente en la Península, se cercó de una amplia y gruesa muralla con cuatro puertas de mármol. Es la que subsistió hasta la entrada de Almanzor en León a finales del X. Muy deteriorada como consecuencia de éste y otros contactos pugnaces entre leoneses cristianos y andaluces musulmanes, se reedificó en tiempos de Alfonso V y restauró ampliamente en los de Alfonso IX, conservándose todavía bellos lienzos de ella, siquiera algunos estén disminuidos por haber, inexplicablemente, permitido la construcción de pequeños edificios satélites entre y sobre sus cubos. Como la ciudad fué desbordando este recinto, creció en su torno un Burgo Nuevo que encerrado provisionalmente por toscos y sencillos tapiales, quedó aprisionado por una más fuerte y sólida muralla en el siglo XIV, constituyendo esta lo que llamamos Cerca Nueva y en la que se abrieron varias puertas de entrada, entre las cuales figuraba la de Fajeros, muy próxima a su nacimiento. Terminaba en el torreón de los Ponces, único que existe en la actualidad y correspondiente a la muralla de Alfonso V, pero en el que se aprecian muchos materiales de la época romana.



Es la Casa de los Guzmanes "un típico Palacio español del quinientos de una nobleza y una prestancia admirables (Marqués de Lozoya). No vamos aquí a describirlo (1), pues al objeto perseguido, sólo nos interesa su fachada principal que es la que mira a nuestra plaza y cuya fotografía acompaña a estas notas, como asimismo la del detalle de su puerta de entrada (2). Consta de tres cuerpos. El primero y más bajo con amplios ventanales enrejados y en cuyas ménsulas están grabados los blasones de los Guzmanes y Quiñones. En la maqueta estas rejas son metálicas y van torneadas como en la realidad.

El segundo cuerpo, con balcones adintelados de rejas saledizas y con frontispicios en algunos, ya triangulares, ya curvos. Al igual que en las ventanas bajas, el enrejado de estos balcones va de metal y con sus boliches esféricos.

El tercero y último cuerpo lo constituye una galería de ventanas de arcos de medio punto separados por pilastras corintias, terminando en una teoría de gárgolas de monstruos.

Todos los elementos ornamentales van tallados en un lienzo de madera de una pieza. Tan sólo la puerta principal, que describiremos a continuación, está en trozo aparte, en boj y embutida en el conjunto. Es también de un solo bloque. Colocada en el extremo Sur de la fachada, es uno de los detalles más hermosos del Palacio. Arco de medio punto con bellas columnas de fustes estriados y capiteles jónicos bordeándole. Airosas cartelas, en sus enjutas, con leyendas. Amplio balcón sobre ella a cuyos lados yérguense dos guerreros con escudos de armas. Figuras muy deterioradas y de las que se piensa hacer una réplica.

También van reproducidos sus ángulos Sur y Norte con detalles de escudos y algunas ventanas y balcones en el inicio de los otros lienzos.

Constituye un conjunto sencillo y sobrio de muy agradable impresión. Recuerda el Palacio de Monterrey, en Salamanca, y la fachada de la Universidad de Alcalá, aunque más simple en sus adornos.

La Casa Ayuntamiento—otro de los edificios artísticos que encuadran esta plaza—es obra de por 1585, hecha por Juan del Rivero y Rada. Va reproducida en sus dos fachadas en ángulo. La de Norte se decora en su parte baja con pilastras toscanas, con un vano central en el que se abre la puerta de entrada en arco. Los demás huecos, con pequeñas ventanas apaisadas y recuadros. Así va este cuerpo en nuestra obra, pues actualmente se han rasgado en grandes ventanales. El cuerpo alto, simétrico del anterior, pero con balcones.

En la otra, de saliente y en su parte baja, se inicia un pórtico con buenas columnas dóricas y pequeñas ventanas y claraboyas en sus tímpanos, hoy abiertas ampliamente. El segundo cuerpo igual distribución de columnas jónicas y balcones adintelados. Corona el todo un ático con el escudo imperial, el de la ciudad y las armas del Corregidor.

Ambos lienzos van reproducidos en dos láminas de madera, como asimismo el ático es de una sola pieza y trabajado con detalle. A lo largo de todo el edificio corre

(1) La primera descripción que se conoce de este Palacio, está en *La Pícaro Justina*.

(2) No está documentado quién pudo ser el artista que hizo este Palacio; pero si tenemos en cuenta el parecido que tienen sus fachadas con las del de Monterrey, en Salamanca, y sobre todo con la de la Universidad de Alcalá, y que, por otra parte, el autor de tan bellos lienzos—Rodrigo Gil de Hontañón—fué llamado a León por el Cabildo Catedral, el año 1560, no repugna suponer que él fuera el director o inspirador de la obra leonesa. El Palacio lo mandó construir, sobre el solar de antiguas y propias edificaciones derruidas, el fastuoso leonés y Obispo de Calahorra D. Juan Quiñones y Guzmán. La obra la terminó su sobrino D. Gonzalo de Guzmán.



una rejería seguida que en nuestro trabajo es de metal. El conjunto se aprecia en varias de las "fotos".

Contribuye a enmarcar esta vieja plaza de San Marcelo una antigua casona del siglo XVII y de la que no se conserva, con algún carácter artístico, más que una portada. El resto de la fachada carece de interés. Es dicha portada, toda de sillaría, puerta adintelada flanqueada por columnas monolíticas de capiteles jónicos. Ménsulas sobre el dintel, que sostienen la repisa de un amplio balcón rematado por frontón triangular. Sobre todo ello, escudo de armas ovalado.

No se sabe con precisión de quién pudo ser este Palacio; parece que a la familia leonesa de los Villafañe corresponde la heráldica del escudo. La portada está hoy totalmente desfigurada en su parte baja, pues han permitido el establecimiento de un local de negocio en su amplio portalón. En la maqueta está reproducida con sus características y detalles antiguos.

Siempre hubo iglesia en el solar que ocupa hoy la de San Marcelo. Lo actual es de finales del quinientos. Es sencilla y fuerte, con robustas pilastras toscanas. Hornacina vacía en la fachada de la cabecera y letrero, alusivo al martirio del centurión, sobre una de las puertas.

Hay, por fin, en esta plaza un bello ejemplar de caño de finales del siglo XVIII, del año 1786, siendo el más armonioso de todos los construídos por aquel entonces, por la salud pública y adorno de la ciudad, según reza una inscripción colocada debajo del escudo y contribuyendo a ello el común de vecinos de León. Tiene un cuerpo bajo de figura triangular sobre el que se alza grueso cilindro de piedra en el que van embebidas tres pilastras jónicas. Sobre el todo una fina cornisa rematada por un bello jarrón de forma griega. Le rodea un pilón circular con entradas cuadradas. Va reproducido este caño en una sola pieza con todos los detalles. Estaba bordeado por guardacantones que servían de asiento. Se ve en varias fotografías con las mujeres que esperan o están llenando sus cántaros.

Pero antes de dar algunos datos más sobre el trabajo motivo de estas notas, ha de decirse que como lo que tratábamos de reproducir era un trozo del León desaparecido con detalles instructivos y curiosos relativos a las costumbres y condiciones sociales de aquel tiempo, era indispensable no conformarse con esa frialdad de la maqueta pura y, por tanto, había que ambientarla colocando en sus calles y en sus plazas toda la clase de tipos humanos que por entonces las cruzaban; las manifestaciones de las múltiples actividades comerciales que les daban animación y vida, y, en fin, todo aquello que contribuyera a dar a nuestra obra la máxima sensación de realidad, de forma que el visitante leonés, inhibiéndose del marco donde estuviera expuesta, sintiera la sensación de ver un trozo del pueblo que él conoció y hasta se imaginara, en un momento de abstracción, que jugaba y paseaba por sus calles como en sus tiempos de infancia y juventud.

Para conseguir este efecto tallamos en madera unas doscientas figuras humanas, donde están representadas las clases sociales y profesionales de entonces: el aguador que, en un carro, lleva sus cántaros a las casas para vaciarlos en aquellas panzudas tinajas de barro que eran el remanente acuoso de todos los vecinos; la *paisana* de la aldea próxima con su cesta de huevos al brazo para negociarlos en no lejana plaza del mercado; las castañeras pregonando su mercancía; el voceador de periódicos, con su fajo de ellos bajo el brazo; el barquillero, con su bombo al hombro; la niñera que platica con el soldado mientras el niño juega en su torno; la pareja



de señores respetables que salen del casino provinciano; el sacerdote entrando o saliendo por cualquiera de las puertas de la iglesia de San Marcelo; el grupo de viejecitas que, al salir juntas del templo y antes de separarse, cotillean un momento sobre el suceso más reciente de la ciudad; el organillero que alegra a los vecinos con la pieza de moda; el viejo matrimonio que, cogido del brazo, recuerda sus años juveniles; el empleado que va hacia la oficina ojeando su periódico; el cura del Hospital leyendo el libro de Horas mientras pasea por el corredor; el médico del mismo benéfico establecimiento con la bata blanca y acompañado de su monja enfermera; el ciego que, apoyado en el muro de no importa qué edificio, salmodia su limosna; los guardias municipales, los barrenderos. Y si a esta multitud abigarrada de tipos humanos añadimos otra serie de detalles que daban carácter a las actividades de un grupo urbano de entonces—*tiendas del aire*, casetas donde se vendían las más variadas clases de mercancías, carros, diligencias, etc.—, tendremos una estampa casi palpitante del vivir diario y del trajinar de un pueblo.

Consignemos ahora algunos datos más referentes a nuestra obra. Lo primero que tuvimos que hacer fué reconstruir el plano de ambas plazas y que acompañamos en este trabajo. Para ello buscamos en el archivo municipal planos antiguos. No nos fué difícil su interpretación, pues los primeros obstáculos fueron vencidos con constancia y entusiasmo. Fijamos la escala en 0,012 mm. por metro y calculamos el tamaño del tablero sobre el que había que hacer el trazado y colocar después los edificios. El tablero tiene 2,20 m. por 1,90 m.; algo más de cuatro m<sup>2</sup>. A continuación, mediciones, cálculos, el estudio detallado de viejas fotografías y el dibujo sobre papel, al tamaño que ha de tener en la obra, de todas las fachadas. Rectificación y su traslado, al lienzo de madera escogida de edificio por edificio, señalando con todo detalle vanos, adornos, etc., que inmediatamente se calan o tallan sobre ella. Después su sólida fijación en el sitio correspondiente en el plano ya trazado en el tablero. Este fué nuestro principio el año 1945. Terminamos la obra en diciembre de 1951. Siete años de trabajo.

Reproduce esta maqueta una superficie de 29.000 m<sup>2</sup> y consta de veintidós edificios, entre grandes y pequeños. El Hospital es un informe grupo de naves que, con sus patios, ocupan una gran parte de la obra. Lo consideramos, sin embargo, como uno solo.

El material empleado es de madera de ocho milímetros de grueso; los tejados son de tiras de zinc ondulado y clavadas sobre láminas de la misma materia que los muros, llevando sus cumbreras, limas y aleros, de los que arrancan las bajadas de agua; el piso tiene por base placas de hierro de medio milímetro de espesor.

El número de huecos—balcones, ventanas y puertas—es de 569 llevando herrajes de distintos metales 234. Toda ella es fácilmente desmontable por estar formada por bloques aislados y fijos sobre láminas de okumen. Al suelo se le ha dado una sensación de realidad extendiendo sobre el hierro un mástic especial espolvoreado, en cada caso, de arena fina para las calzadas de tierra o chinillas de tamaños justos para los trozos empedrados. Las aceras, de madera, llevan pintados sus bordillos correspondientes y las losas o baldosines. Todos con el colorido propio. Las fachadas van cubiertas con tonos adecuados, dando, si es necesario, la pincelada que nos impresione con la vista de una pared vieja, resquebrajada o simplemente sucia. Los tejados, con sus chimeneas y troneras de varia clase, tienen su zinc con el color de las tejas que han sufrido, en más o en menos, la acción



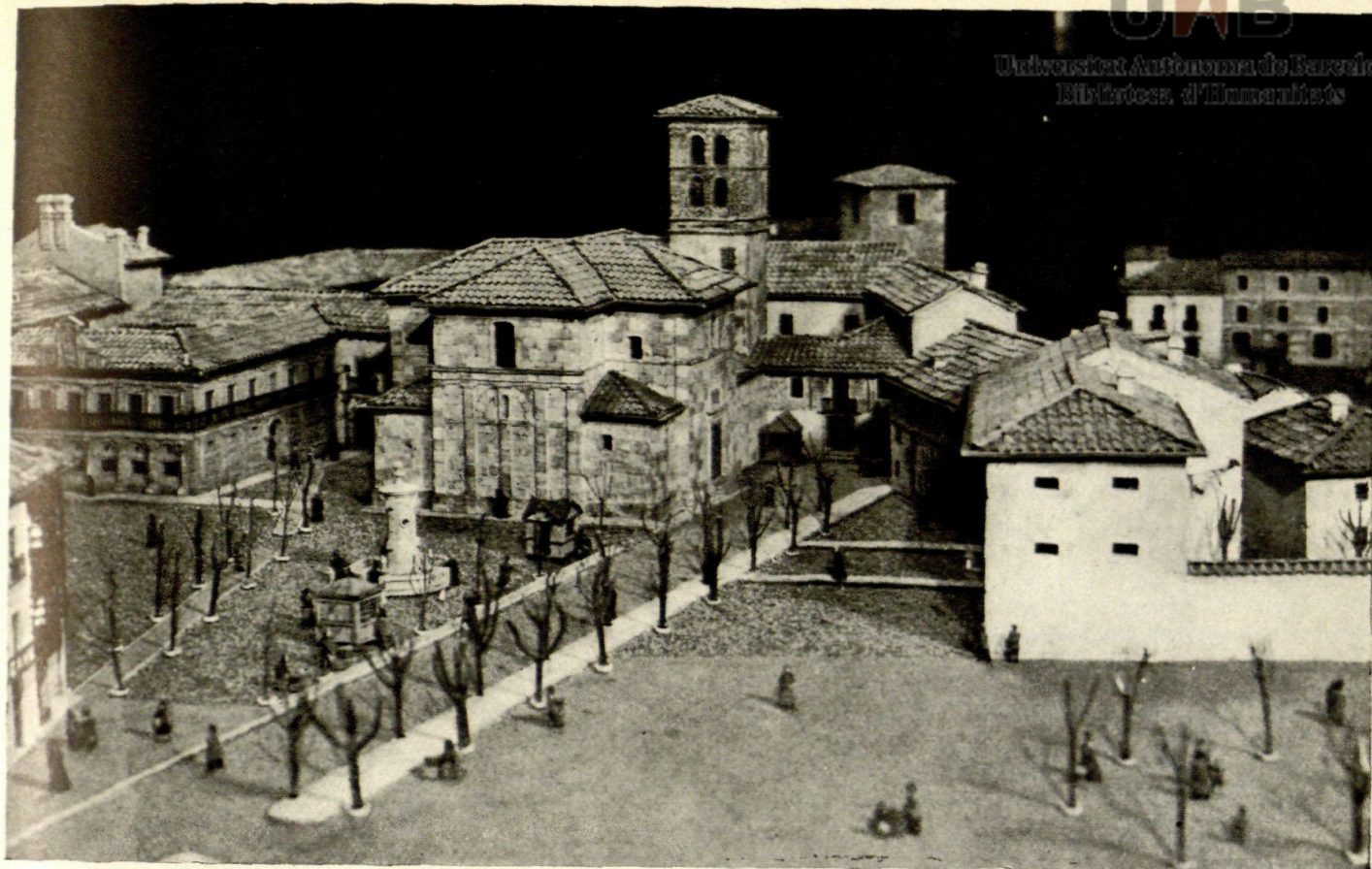
de la intemperie. Los árboles son simplemente trozos de urce con sus troncos de distintos grosores y sus ramas diversas, pero sin hojas, como si estuviéramos en invierno, que, por otra parte, es la estación más larga en esta ciudad.

Las figuras humanas, las de animales, carros, tiendas, etc., también van coloreadas según su necesidad. En los edificios artísticos reproducidos se ha procurado dar a la pintura el colorido propio de cada uno, acusando el despiece de sus trozos y huyendo del plastrón uniforme. En algunas fotografías se acusa perfectamente este detalle.

Sólo me resta consignar—porque ello es de justicia—los nombres de los colaboradores en esta obra, sin cuya intervención entusiasta no hubiera podido realizarse. El trabajo de delineante estuvo a cargo de la gran competencia de Nicolás Astiárraga, de extraordinaria utilidad en los primeros pasos para el estudio de los planos antiguos y el dibujo de las fachadas. Su calado, con toda la complejidad de ventanas, arcos, columnas y múltiples adornos, se debe a la mano maestra de Pedro Aller, en colaboración de Gumersindo Bujidos, que, por otra parte, talló—según apuntes del gran dibujante Goico-Aguirre—las figuras humanas que ambientan el conjunto. Ambos colaboradores, Aller y Bujidos, son, sin duda, dos magníficos exponentes de la artesanía leonesa. La labor de pintura, hecha con fidelidad y acierto irreprochables, fué realizada por Ignacio Lavilla, espíritu y mano de artista.

Y damos por terminadas estas notas que no tienen más pretensión que la de ser un complemento ilustrativo de las fotografías de la maqueta, que por sí solas son suficientemente elocuentes de lo que es nuestro trabajo.





La terraza de "Botines".—Se ven el Ayuntamiento, la iglesia de San Marcelo y la entrada al antiguo Hospital de San Antonio.

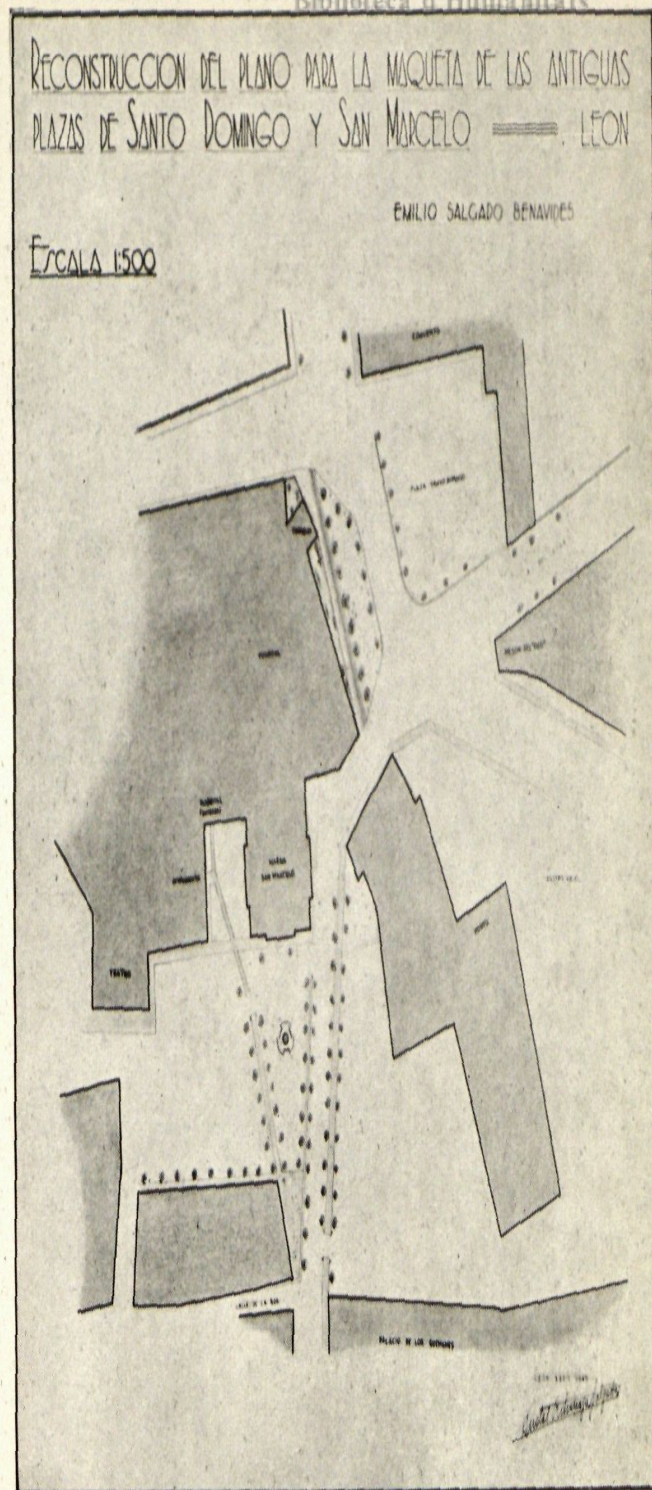


Fachada del antiguo Hospital adosado a un torreón medieval. Estaba situado en la plaza de Santo Domingo y en su solar se levanta hoy uno de los edificios más bonitos y modernos de León.





Palacio de los Guzmanes.—Detalle. Puerta de entrada.



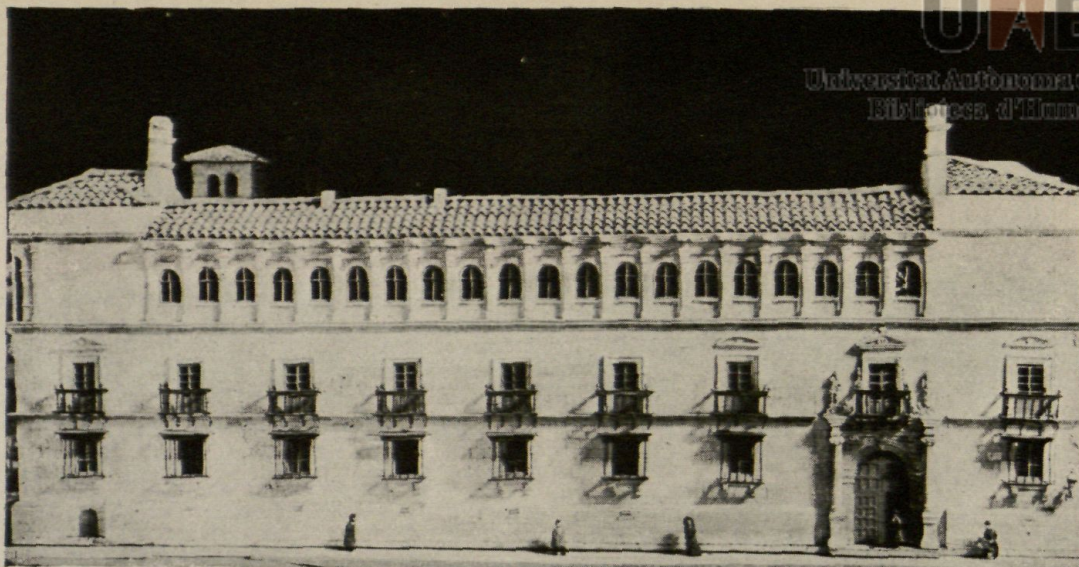
Reconstrucción del plano de la maqueta de las antiguas plazas de Santo Domingo y San Marcelo. Lo manchado va todo construido.





*Vista casi aérea de la maqueta.—Se observan las dos plazas de Santo Domingo y San Marcelo. Sus diminutos edificios han sido sustituidos por modernas casas y en el rincón de la primera se abre hoy una de las arterias del León moderno que va a terminar en el plateresco y monumental edificio de San Marcos.*





Fachada principal del Palacio de los Guzmanes.



Plaza de San Marcelo.



*Vista general de la maqueta.*—Reproduce una superficie de 29.000 m<sup>2</sup> y consta de veintidós edificios entre grandes y pequeños. El número de vanos es de 569, de los cuales llevan herrajes metálicos 234. El material empleado es madera, láminas de zinc para los tejados, hierro, etc. Está hecha a escala y el trazado urbano se ajusta exactamente a la época. Pululan por sus calles más de 200 figuras humanas, amén de carros, diligencias, tiendas del aire, etc.



# Las imágenes de Cristo en el arte y la medicina populares <sup>(1)</sup>

Por el DR. CASTILLO DE LUCAS

De la Asociación de Escritores Médicos.

## Concepto religioso popular de Cristo.

**L**A palabra Cristo tiene en el diccionario de la Academia dos acepciones: una es para designar a "El hijo de Dios hecho hombre"; otra es la de "crucifijo".

Esta segunda acepción es la más popular, y a todas las representaciones del Señor, tanto en pintura como en escultura, en que aparece crucificado, las titula de "Cristo", designando más frecuentemente con el nombre de Jesús a todas las demás formas en que Dios se nos presenta, en su figura humana, en otros momentos anteriores al del calvario.

Jesucristo clavado en la cruz es la primera representación iconográfica cristiana; ello tuvo lugar en el siglo XI; anteriormente no se tienen noticias documentales de la figura del Señor, pues los primeros cristianos adoraban sólo el santo símbolo de la cruz, que patentizaba su lealtad y creencia en el Dios único y verdadero.

España rápidamente incorporó a su fe la veneración de los simulacros de Cristo; magníficas tallas románicas del siglo XII conservan nuestros museos como joyas arqueológicas, y nuestras iglesias como objetos de adoración fervorosa. En sentido artístico popular podemos hacer tres grandes grupos de Cristos.

El más primitivo es el de Cristo Majestad, de influencia oriental siríaca, Cristo de expresión rígida, pero no severa, sin sufrimientos, ni contorsiones de la figura, vestido con larga túnica y sobre su cabeza, una corona regia; cuatro clavos le sujetan a la cruz, los brazos horizontales y los pies juntos y apoyados sobre un subpedáneo. Así es la santa Majestad del Cristo de Caldas de Montbuy, Cristo veneradísimo y tutelar de esa renombrada ciudad balnearia, cuyo nombre nos recuerda su origen romano, por las magníficas termas que posee de aguas tan calientes (70°), que se citan en la Hidrología médica entre las más hipertermales del mundo, y de España las de mayor temperatura, y en tal abundancia, además, que hay fuentes públicas en el pueblo que la gente emplea para usos domésticos,

(1) Conferencia pronunciada en la exposición de Cristos del médico y escultor Dr. Cilleruelo, de Valladolid.



excepto en la Plaza Mayor, donde una orden del alcalde prohíbe que no se lleven las aves a escaldar para desplumarlas.

La influencia bizantina iniciase en los cristos primitivos, románicos, desnudando la figura de Cristo sólo cubierta por un paño pudiendo; representación popular es la del Cristo de las Batallas, tan venerado en Salamanca, Cristo también llamado del Cid porque en las batallas del Campeador lo llevaba el obispo don Jerónimo, según nos dice el romancero; es un Cristo hierático cubierto con leve corona, rígido, y con cuatro clavos sobre su cruz angulosa; cuéntase que el buen obispo y guerrero arengaba con Él a las tropas para entrar en batalla, y hasta por su forma—que Unamuno llama de Cristo martillo—sospechaba el profesor salmantino si en determinados momentos el prelado arremetería contra los infieles a cristazos.

Mas el pueblo, sencillo y creyente, se dejó ganar por el Renacimiento, más expresivo para representar el dolor de Cristo, que culmina en los cristos barrocos, donde el dramatismo de la pasión y muerte del Señor tiene su máximo realismo, con la corona de espinas, y así se cuenta del Cristo de la Expiración que el escultor Gijón se inspiró en la agonía de un gitano llamado el "Cachorro", que vió morir violentamente en la calle tras una riña tabernaria. Tan exagerado ha llegado a ser el realismo, que los buenos escultores, para criticar a aquellos otros que trataban de infundir emoción a fuerza de chafarrinones rojos y del mal pintar heridas al Señor, decían juzgando la obra despreciativamente: ¡a mal Cristo, mucha sangre!

### Dichos, refranes y coplas sobre Cristos españoles.

No hay pueblo en España y sus islas que no tenga en sus iglesias imágenes de Cristo, a las que rinde fervorosa devoción, y aun fuera de los templos, en la cumbre de las montañas, en las encrucijadas de los caminos y en las vías públicas, existen imágenes del crucificado; ejemplo de estas últimas puede ser el de la recoleta y romántica plaza cordobesa del Cristo de los Faroles.

Tan adentrada está en el corazón del pueblo la idea de Cristo, que en su lenguaje brotan expresiones comparativas y de todos los tipos, reflejos de la profunda fe en el Redentor.

**POBREZA.**—*No tener un Cristo de agua.*

Como le pasó a Jesús, que hubo de decir en su agonía: ¡tengo sed!

**CLARIDAD.**—*Sí o no, como Cristo nos enseña.*

Critica la insinceridad e hipocresía.

**VIOLENCIA EN LA DEFENSA.**—*Haber la de Dios es Cristo.*

Recuerda la lucha encarnizada de las Cruzadas y la espontánea cuando un hereje ofendía a Dios. Riña por una cosa.

**CONFIANZA.**—*Cristo sea el marinero.*

Decisión por una aventura peligrosa.

**PRUDENCIA.**—*A Cristo prendieron en el Huerto, porque se estuvo allí quieto.*

**LEJANÍA.**—*...donde Cristo dió las tres voces.*

Se refiere a las que pronunció en el Huerto de Getsemaní alejado de los hombres, más que por la distancia, por la ingratitud.

**RESOLUCIÓN.**—*Ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo paso por aquí.*

**PACIENCIA.**—*Más pasó Cristo por nosotros.*



TERQUEDAD.—*Ni por un Cristo.*

Repugnancia a realizar una cosa, o imposibilidad de conseguirlo.

SOSPECHA DESAGRADABLE.—*Ya empezó Cristo a padecer.*

INCUPLACIÓN.—*Cargarse con los Cristos.*

JURAMENTO.—*¡Voto a Cristo!*

PACIFICACIÓN.—*...y Cristo con todos.*

IMPACIENCIA.—*¡Por los clavos de Cristo!*

COMPARACIÓN ABSURDA.—*Sentar una cosa... como a un Cristo un par de pistolas.*

VOLUBILIDAD.—*Tan pronto llevan a Cristo en brazos como a porrazos.*

Alude el recibimiento con palmas el Domingo de Ramos y el escarnio y pasión días después.

PERSUASIÓN FORZADA.—*Sacar el Cristo.*

Era el recurso final de los misioneros para convencer a los oyentes. En sentido irónico equivale a sacar el garrote para moler a palos a los no convencidos.

CRUELDAD EN LAS OFENSAS.—*Ponerle como a un Cristo.*

LASTIMADO.—*Parecer un Cristo.*

FALSA BONDAD.—*No fué por compasión que de Cristo tuvieron, sino por miedo de que se les quedara en el camino.*

El ayudar a llevar la cruz a Cristo fué consentida para que llegara vivo al Calvario, y allí sufrir la muerte más ignominiosa junto a criminales y ladrones. Médicamente hay que considerar que el Señor estaba agotado por los sufrimientos morales, contusiones, heridas, fatiga muscular, hambre y sed. Las tres caídas lo demuestran; el derrame de sangre y agua del costado derecho que brotó del Señor cuando Longinos le dió la lanzada para convencerse de que estaba muerto, puede interpretarse por hemotórax (sangre y suero) producido por la contusión torácica en las caídas, quedando el cuerpo aprisionado entre el suelo y la pesada cruz, o el palo transversal de la misma, como nos dicen los modernos intérpretes de la Pasión.

La devoción a los Cristos tutelares de pueblos, o famosos, es, más que por su arte, muchas veces, por el fervor de los creyentes, tiene también en la poesía popular innumerables manifestaciones. De Cristos notables dícese:

*Tiene Guadalupe hermosa  
tres cosas dignas de ver:  
el camarín y la Virgen  
y el Cristo de Mirabel.*

*San Isidro está en Madrid,  
el Santo Cristo en Atienza  
y la virgen La Mayor,  
en la ciudad de Sigüenza.*

Hay pueblos que se elogian y otros que se motejan sólo porque veneran o, por el contrario, han profanado a Cristo. De los primeros tenemos el milagroso: *de Candas, el Cristo y no más*, y ningún natural toma a desprecio tal dicho; injustos son los agresivos, y por ello los callamos.



Entre las formas piadosas de devoción popular están las oraciones sencillas a los Cristos que en muchas callejas y templos, en humildes retablos, hay por los pueblos de Castilla. ¡Qué emotiva es la leyenda que Bécquer recogió sobre el Cristo de la Calavera en un rincón de Toledo! Llevan en andas a los Cristos en procesiones, y en la Puebla de Don Fadrique con tal afluencia de fieles, que parece que la imagen flota elevada sobre un mar de cabezas; vístense de nazarenos en muchos lugares y llevan cruces pesadísimas; pero todo esto, que es heroico en breves horas, es más admirable cuando representa un sacrificio más continuado. Tal es el que se imponen los jóvenes aldeanos en Castilla al dejar de bailar y rondar a las mozas durante la cuaresma; ejemplo es en Cantalejo (Segovia), donde hasta meditan con la baraja:

*Tú que juegas a los naipes,  
nunca pienses en ganar;  
piensa en las cosas de Dios  
y verás qué bien te va.*

Sucesivamente recitan coplas que aluden a las distintas cartas: en el as, piensan que no hay más que un solo Dios; en el dos, la naturaleza divina y humana del Señor; en el tres, la Trinidad sagrada; en el cuatro, los Evangelios; en el cinco, las llagas de Cristo; en el seis, los días en que hizo Dios el mundo, y el siete, las palabras que pronunció en la Cruz; consideran en la sota a la Verónica, y en el caballo, el pecado original, y, por último, el rey simboliza la misericordia de Dios, sufriendo por nosotros, lo que pudo evitar como Rey y Señor de todo lo creado. Las muchachas de Serrezuela de Hernando (Segovia), durante la cuaresma, hacen colectas por las casas para recaudar limosnas para la cera que se consume en Semana Santa; las llaman "las cristeras" por llevar la imagen de Cristo en un marco durante sus postulaciones, en las que cantan distintos romancillos en cada domingo cuaresmal.

**Devociones a Cristo que comparte el pueblo con la que profesa a la Virgen Santísima.**

*Adiós, Alcalá de Henares,  
con tus torres y molinos.  
Adiós la Virgen del Val  
y el Cristo de los Doctrinos.*

Esta copla la cantarían los estudiantes de aquella gloriosa Universidad al despedirse con nostalgia de la ciudad alcalaína; el Cristo llámase de los Doctrinos porque en su capilla enseñaban la Doctrina cristiana a los pobres los estudiantes, algunos tan insignes como San Ignacio de Loyola, y San José de Calasanz...

El aragonés, tan vinculado a su Pilarica, pregunta:

*Al salir de Zaragoza,  
dime qué t'hizo más duelo,  
si la Virgen del Pilar  
o el Santo Cristo la Seo.*



## Tradiciones y leyendas.

La interpretación científica, artística e histórica sobre las imágenes de los Cristos, debe limitarse a los estudiosos; si Cristo llevó sobre sus hombros en vez de la cruz tradicional el travesaño para los brazos, que luego izaban en el palo vertical o *stipe*, clavado en el lugar del suplicio, es problema que al pueblo no interesa, pues él cree y ama la tradición secular, heredada a través de las generaciones, y la poesía de las leyendas piadosas. La Iglesia, sabiamente, las tolera mientras no afecten al Dogma. El Cristo de la Vega, en Toledo es de un descendimiento, y con su brazo derecho desclavado recuerda arqueológicamente al del Cristo de Atienza; en éste figura Juan de Arimatea como si ayudara a la descenso de Jesús; pero ¿no es más bella la leyenda—que Zorilla glosa en magnífico romance—de que el Santo Cristo desclavó su mano para jurar ser cierta la palabra de casamiento que dió un capitán de los tercios a una dama toledana?

Ante el Cristo de Lepanto, hoy en la Capilla de la Catedral de Barcelona y que antaño figuró en la Nave capitana de Don Juan de Austria, un médico, reflexionando friamente, admiraría las formas anatómicas de esta talla de anónimo autor y la actitud arqueada y retorcida del cuerpo de la imagen que representa el opistótonos y acalambramiento por el dolor; mas el pueblo, con su maravillosa fe, interpreta la postura porque el Cristo esquivó su cuerpo cuando un arcabuzazo de los turcos le iba a destrozar.

En esos Cristos de transición del románico al gótico puede verse cómo es frecuente que un pie esté cruzado sobre el otro atravesados por un clavo; pero hay uno, veneradísimo en Toledo, en la iglesia de San Nicolás de Bari, llamado Cristo de la Luz, en que el pie derecho está desclavado y con la pierna en más flexión, quizá porque estuviese clavado más alto según algunos artistas; mas, insistimos, el pueblo admira en este detalle un milagro ocurrido poco después de la conquista de Toledo a los árabes, y cree que un judío, viendo que los cristianos besaban los pies de esta imagen, decidió poner en ellos veneno, pero el Cristo desclavó su pie derecho y lo subió para advertir así a los fieles del peligro.

## Milagros y milagrerías.

Más delicado es el problema de los milagros y las milagrerías de las imágenes de los Cristos populares. Bien está el arte puro para los museos y la historia de las imágenes para los eruditos; mas insistimos que psicológicamente el pueblo precisa de la leyenda poética y milagrosa, pues ignora, por su elemental formación religiosa, que el verdadero poder sobrenatural, o divino, no está en el simulacro, que adora, sino en Dios que obra los milagros cuando place a su Divina Voluntad. De aquí que un rústico aldeano, disgustado porque el Cristo de su lugar no le había concedido una gracia, dijese aquéllo de...

*En mi huerto te criaste,  
ciruelo te conocí;  
los milagros que tu hagas,  
que me los claven a mí.*



Milagros que se aceptan por la tradición, y que inspiran mucha fe por su origen providencial, son, por ejemplo, el del Cristo de Balaguer (Lérida), que vino flotando desde Palestina hace unos ocho siglos, y por el Mediterráneo llegó hasta Tortosa, remontó el Ebro, y embocó por el río Segre hasta Balaguer, donde se detuvo, indicando con ello el Señor que en este lugar le erigiesen una capilla.

Milagro tradicional, que inspira gran devoción a los toreros, fué el que se cuenta del Cristo de Torrijos, y reproduce un curioso exvoto—que figura en la obra *Los toros* de J. M. Cossío—, que representa al Cristo con un brazo desclavado, dando un capotazo a un toro que había cogido a un lidiador que a Él se encomendó cuando estaba en trance de trágica muerte...

Milagro aprobado por la jerarquía eclesiástica de la diócesis es el del Cristo de las Santas gotas en Burgos, que sangró cierto día en que le cayó en la cabeza un cascote de la bóveda que estaban derribando; una monja, que vió el milagro, recogió la sangre con su toca, que se conserva en un relicario desde hace tres siglos.

Cristos que sudan sangre hay, según piadosa tradición, muchos; destacamos el de Javier, en Navarra; el de Burgos, muy notable éste por ser de piel; el de Lezo, Oviedo, etc. Sudaba, al decir de las gentes, también el Cristo de Limpias. En otros, como el de Orense, dicen que les crece el pelo y la barba. Tales prodigios la iglesia seriamente no los aprueba, especialmente los que tienen lugar a plazo fijo en días determinados.

Por desgracia, la ignorancia del pueblo asocia algunas veces prácticas supersticiosas al culto divino; contra ellas lucha la Iglesia y el sentido común, reprobando todas las falsas creencias y milagrerías, que se efectúan por ensalmos y prácticas paganas, como las "cadenas de oraciones misteriosas".

### El Cristo de la Salud y los de otras advocaciones.

Entre los muchos nombres que la piedad cristiana ha dado a las imágenes de Cristo destacan los del Cristo de la Salud, por ser los más venerados, ya que es la gracia más codiciada a que puede aspirarse en esta vida.—*Con salud lo hay todo, sin salud, no hay nada.—Si salud tienes, tienes hartos bienes.*

La humanidad solicita con unánime fervor a Cristo este tesoro de felicidad, y aunque el Cristo tenga otro nombre, persisten los fieles en la salutífera petición. Entre las rejas de la cárcel se oye esta saeta con fervor de oración, al paso del Cachorro:

*Cristo de la Expiración,  
orgullo de Triana,  
que eres rey de la Piedá:  
a los presos de la cárcel  
danos salú y libertá.*

En las Vascongadas puede oírse a una mocita:

*Santo Cristo de Lezo,  
tres cosas te pido:  
salud, mucho dinero  
y un buen marido.*



Cristos de la Salud hay cuatro, cuando menos, que salen en la procesión de la Semana Santa sevillana. En Madrid es muy famoso el de San Ginés, así como el que se venera hoy en su Santuario de la calle de Ayala, y antiguamente en el hospital de Antón Martín, imagen que tal vez sustituyera a la que en viejos grabados reproduce la que adoraba el venerable Antón Martín discípulo de San Juan de Dios y fundador de este hospital en 1552.

Otras denominaciones de Cristo se refieren a la salud del alma, y llevan nombres tan propios como el del Consuelo en la Villa de Don Fadrique, del Amparo en Cisneros (Burgos), de la Providencia en muchos lugares, Clemencia, Redención y Buena Muerte en Sevilla, del Amor en la misma capital (¡qué hermosa leyenda escribe sobre este Cristo Rodríguez Marín!), Misericordia en Madrid, Perdón en Valladolid, y tantos nombres o títulos salutíferos para el alma atribulada por el pecado o entristecida por las desgracias, y cuyo espíritu sólo lo eleva el rezar ante un Cristo de la Fe, de la Esperanza, o de la Misericordia... o del Desamparo...

Como Cristo es omnipotente, no tienen estas imágenes en sus distintas advocaciones ningún nombre que aluda a determinada enfermedad, ni hay Cristo que tenga especial patronazgo; por eso como ofrendas de gratitud leemos gozos como éste del Cristo de Bellpuig (Lérida):

.....  
*en nostres necessitat,*  
*reclamant vos-de bon cor,*  
*cureu coixos i ulcerats,*  
*de tot mal, febra i dolor*  
 .....

En las paredes de capillas y camarines penden exvotos que reproducen toda clase de miembros.

El culto de los Cristos sanadores es continuo, pero aumenta como día tradicional de la pasión del Señor los viernes culminando en Viernes Santo; como fiestas extraordinarias se celebran los días de la Invención de la Cruz el 3 de mayo, la Transfiguración el 6 de agosto y exaltación de la Cruz el 14 de septiembre. En torno a estas fechas celebran las fiestas los pueblos cuya imagen tutelar es el Cristo. fiestas pueblerinas que, como la del Cristo de la Salud en El Alamo—donde ejercimos hace muchos años—, figuraban pintorescamente en el mismo programa de festejos la misa cantada, la procesión, los bailes y fuegos en la plaza pública, el nombre del predicador, y el del matador de toros con su cuadrilla.

En la campa de las capillas votivas hay alegres romerías, y por rezar al Cristo milagroso acuden de sitios lejanos; en Galicia se oye esta vieja cantiga:

*Santo Cristo de Fisterra,*  
*santo de barba dourada,*  
*veno de tan louxe terra,*  
*sólo por te vel a cara.*

Para adorar al Cristo de Orense acudían, como obligada visita, todos los peregrinos que iban a Santiago, y entre las ofrendas de exvotos, hay, por motivos de



recuperación de salud, una mayoría comparable a los que pueden verse ante el Cristo de Atienza (Guadalajara), tales como brazos, piernas, cabezas, etc., en cera y en metal, muletas, y hasta mortajas; al pie de una de ellas leemos esta sencilla cuarteta:

*Con la mortaja ya hecha  
me sacaste de la cama;  
Santo Cristo la Salud,  
a darte vengo las gracias.*

### La Iglesia ante la fe popular y la ciencia médica.

La Iglesia respeta y estimula la fe popular en todo cuanto se relaciona con las creencias piadosas sobre la salud y la enfermedad, siempre que a la vez acudan a los medios curativos de la ciencia médica. *A Dios rogando y con el mazo dando*, es la glosa refraneril de este principio fundamental de la medicina religiosa.

En las Sagradas Escrituras hay citas tan precisas como las que siguen: *Honora medicum, proptem necessitatis* (Eclesias, cap. 38, vers. 1) (Honrarás al médico, porque le necesitarás); más adelante en el vers. IV, dice: *Altissimus creavit de terra medicamenta, et vir prudens non abhorrevit illa* (Dios creó de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los desechará).

La medicina religiosa debe ser exclusivamente espiritual, no asociando la manobra o remedios naturales, por bendecidos que sean; elocuente es el romancillo del Cristo de Zalamea, que nos refiere cómo uno que tenía un ojo enfermo se frotó con el aceite de la lámpara que ardía en la capilla, con tal insistencia, que se provocó—por simpatía—otra afección más grave en el ojo sano; entonces suplica al Cristo:

*Señor a quien me consagro,  
ya no pido yo milagros  
sino el ojo que traía.*

La ayuda celestial es absolutamente necesaria; sin la divina protección nada puede conseguirse para recuperar la salud perdida; como católicos todos hemos de pedir la Providencial tutela: el enfermo, el auxilio divino en su dolencia, que, ya sólo por la fe, representa un valioso recurso psicoterápico, que da el optimismo y la confianza indispensable para la curación, y en cuanto al médico, debe suplicar al Altísimo inspiración para acertar en el diagnóstico y obtener así un feliz resultado en su terapéutica natural.

Esta exposición del Dr. Cilleruelo nos evoca, en los muy bien tallados Cristos que nos presenta, las más veneradas imágenes cuyo poder sanador físico y espiritual hemos comentado, con todo respeto a las creencias populares, por tradicionales y por españolas.

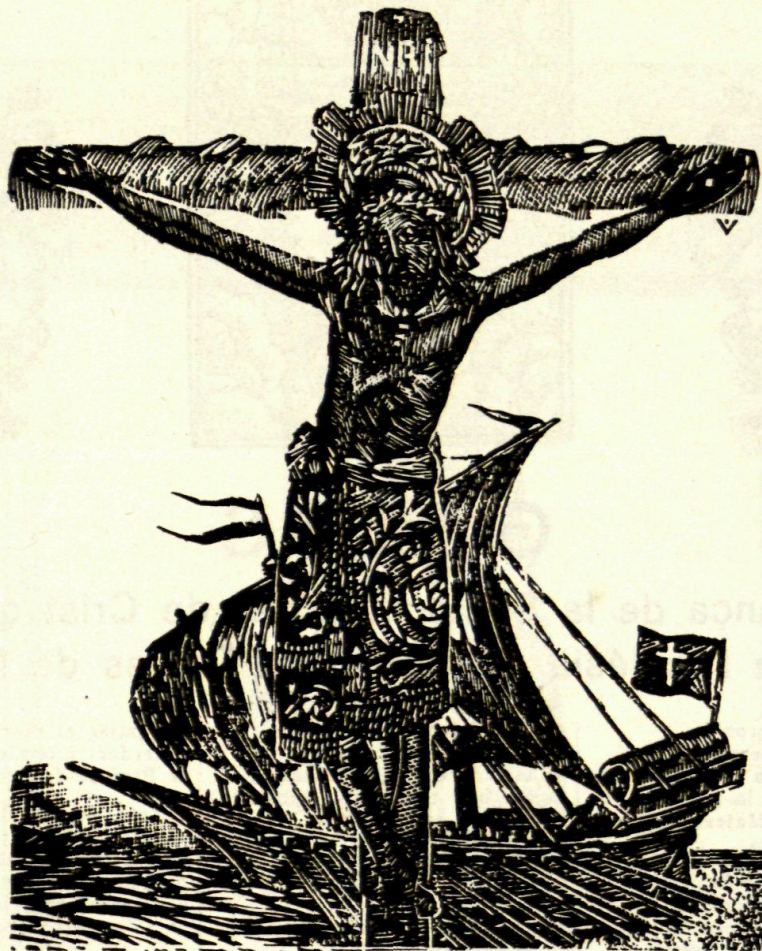
Por el éxito de su labor, brindo *in mente* con *Sangre de Cristo*, en una taza como aquella de los conventos antiguos que tenían en el fondo un Cristo pintado y que al apurarla decían los buenos frailes, satisfechos de tan grato vino: *¡Hasta verte, Cristo mío!*



# GOIGS EN LLAOR DEL SANT CRIST DE LEPANT

ADORAT A LA SANTA ESGLESIA CATEDRAL BASILICA DE BARCELONA

Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats



Puix clavat en Creu obràreu  
nostra eterna redempció,  
feu, Jesús, l'ànima nostra,  
digna del vostre perdó.

Quan el turc amb ràbia fera  
tot el món, va amenaçar,  
Joan d'Aústria us va posar,  
reverent, a sa galera.  
Així fou vostra figura  
el més bell i inclit penó.

Les galeres van cuitoses  
per la mar el turc cercant,  
essent al golf de Lepant  
on l'albiren, daleroses.  
La host que us té per guia  
ataca sens torbació.

Quan més fort era el carnatge  
en mig del combat ardent,  
es veu un turc amb l'intent  
de metrallar vostra imatge.  
Amb exultant ferotgia  
posa foc al seu canó.

*V. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.*

*OREMUS: Deus, qui per Crucem tuam populo in te credenti triumphum contra inimicos concedere voluisti: quæsumus: ut tua pietate adorantibus Crucem, victoriam semper tribuas et honorem. Qui vivis et regnas in sæcula sæculorum. R. Amen.*

Res no val la vil injúria  
puix moveu el vostre pit  
i aquell tret remalest,  
al lluny del buit perd sa fúria.  
Tots veiem avui, encara,  
com serveu tal posició.

Del combat retorna amb glòria  
Joan d'Aústria, l'immortal,  
i a la nostra Catedral  
us deix per santa memòria  
No té preu aquesta ofrena  
puix sou tresor sens parió.



Ningú no guarda la nova  
de la mà que us va esculpir;  
no consta a cap pergami:  
cap document ens ho prova.  
Es ben cert que qui va fer-vos  
tingué santa inspiració.

Vós tothora teniu cura  
dels qui viatgen pel mar,  
puix hi sou lluminós far  
marcant la ruta segura.  
Per Vós la tempesta es calma  
i s'amanseix la maror.

Vostra bella faç divina,  
dolçament mira el mortal,  
car per a qualsevol mal  
doneu santa medecina.  
Generacions testifiquen  
que sou el pare més bo.

Puix clavat en Creu obràreu  
nostra eterna redempció,  
feu, Jesús, l'ànima nostra,  
digna del vostre perdó.

Text i xilografies originals de R. Vives Sabaté. Amb llicència. Any del Senyor MCMLIV.

Gozos al Cristo de Lepanto en Barcelona. Su impresión y dibujo son modernos, con el estilo clásico de la himnodia popular catalana.



Biblioteca d'Humanitat



## GOIGS

en lloança de la Santa Majestat de Crist que es  
venera a l'església parroquial de Caldes de Montbui

Per la corona promesa  
i l'encís del seu esclat:  
Del cor en la pregonesa  
adorem tots la grandesa  
de la Santa Majestat.

Vostra Imatge més famosa  
és a Caldes segles ha:  
des de la creu, gloriosa,  
els dolors sembla oblidar.  
La gent plena d'estranyesa  
pregunta el significat.

A la dreta de Déu Pare  
regnàreu perennalment,  
els senyals portant encara  
de la forma de servent:  
la creu en bona hora presa  
per ésser el nostre rescat:

Us fan honor i lloança  
els àngels del Paradís,  
al vostre nom van postrant-se  
cels i terra i tot l'abís.  
Venguda en sa mesquinesa,  
fins la mort s'ha emmetzinat.

Hereu d'un cel que us pertoca  
heu volgut participants:  
tota unció serà poca  
per beneir el Sant dels Sants:  
tot remembrant la finesa,  
tot somniant l'heretat:

Moisès va ser la imatge  
del que havíeu d'ésser Vós,

capdill del peregrinatge  
en aquesta vall de plors.  
Si la vida és lluita encesa  
doneu bon terme al combat.

Ressona la profecia  
i encare fa esfereir!  
vindrà, Déu sab quan, el dia  
que de tot serà la fi,  
Sereu, oh Majestat lesa  
el jutge profetitzat

Sou la llei i la justícia.  
Sereu el Rei i el fiscal:  
oh tota virtut fictícia  
en el jutjament final!  
El vostre esguard fa feresa  
pregonament indignat.

Els núvols duràn marcada  
la senyal de vostra Creu.  
Salvat qui la du abraçada  
perdut el qui en fa menyspreu.  
A tota humana malesa  
la venjança haurà arribat:

Adéu, delits i natura  
el món és un trist palau!—  
D'un altre món que perdura  
us farà el Rei de la pau  
sadolls de llum i bellesa  
per tota l'eternitat:

Sacerdot sense ascendència,  
recordeu Melquisedec,  
fins del Pare a la presència

feu pujar el nostre prec.  
Sacerdocí i reialesa  
al Profeta fan costat:

Tots aquets títols plasmava  
un esculptor pietós,  
la vellúria els admirava  
pregant a vostre reddòs,  
avui amb igual fermesa  
us aclamem de bon grat:

L'auriola de prodigi  
ben tost es va destacar:  
augmenta vostre prestigi  
quan un orb vàreu curar.  
Una capella exprossa  
el fet ha perpetuat:

Caldes sab com són en nombre  
vostres benediccions.  
Confoses en la penombra  
s'entornen generacions  
que us han mirat amb sorpresa  
i les haveu escoltat:

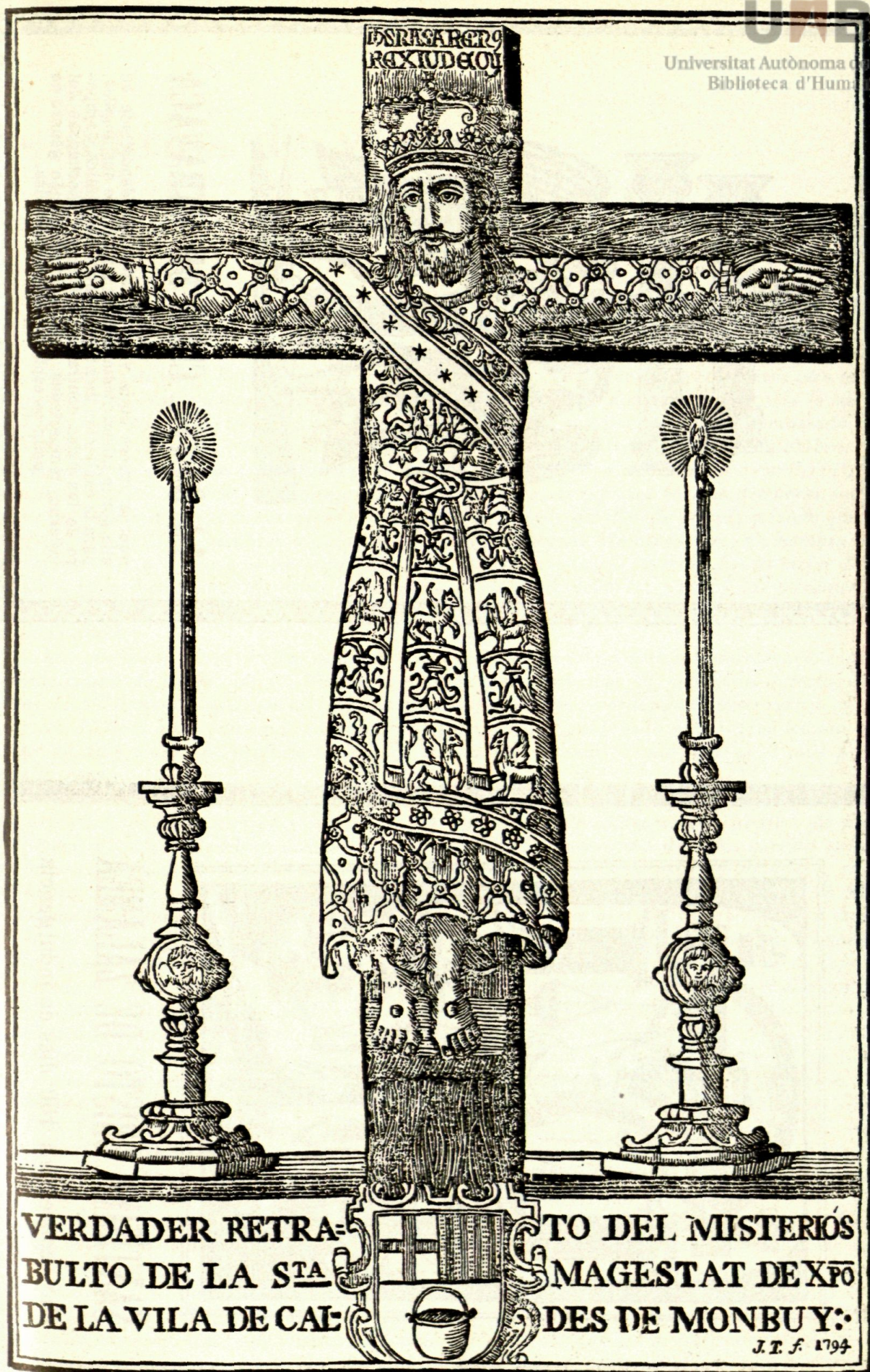
Sempre ha sentit vostra vila  
l'orgull de la vostra Creu.  
Feu-li la vida tranquil·la  
en pau i gràcia de Déu,  
amb una i altre mà estesa,  
beneïu-la d'un plegat.

Per la corona promesa  
i l'encís del seu esclat:  
Del cor en la pregonesa  
adorem tots la grandesa  
de la Santa Majestat.

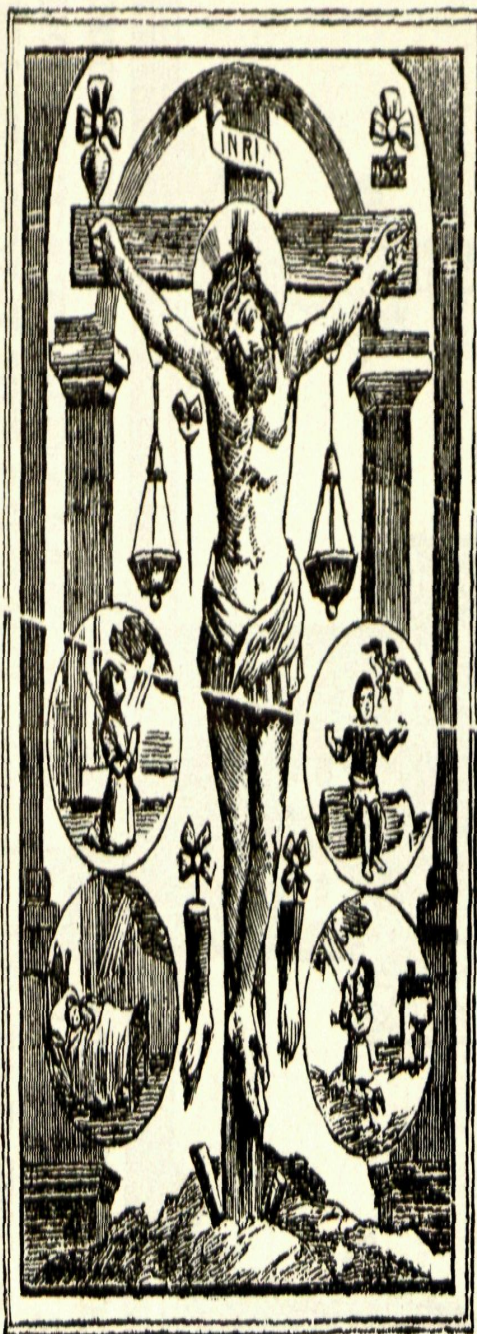
*Escríts pel Reverend Mossèn Vicenç Salvà, Vicari de Caldes.*

OREMUS.—Domine Jesu Christe Filius Dei vivi, qui hora sexta pro redemptione mundi crucis patibulum ascendisti, et sanguinem tuum pretiosum in remissionem peccatorum nostrorum fudisti, te humiliter deprecamus, ut post obitum nostrum Paradisi januas nos gaudenter introire concedas. Per Dominum nostrum, etc. Amen.









## SANTÍSIMO CRISTO DE ZALAMEA

Hay concedidos 100 días de indulgencia



## LA SANTA CRUZ DE CARAVACA

que se venera en la villa de Caravaca, depositada en ella por la misericordia de Dios y mano de sus ángeles, para la exaltación de nuestra Santa Fe Católica y amparo de los fieles contra las astucias y asechanzas del infierno, tempestades, inundaciones y todo género de peligros espirituales y temporales.



# Los diarios de viajes de José María Rodríguez-Acosta

## INTRODUCCION

No abundan en la historia española los escritos íntimos, los diarios personales donde se confiese la anécdota cotidiana bajo el rumor de los sentimientos. Probablemente carecemos otro tanto de las narraciones de viajes a que tan aficionados son los hombres de distintos países. No le cuesta al español soltar prenda, decirnos la propia historia en voz alta y sin preguntarse demasiado por la atención del oyente. Es fácil obtener la intimidad de los hombres de nuestra tierra, en palabras que se lleva el viento, tras ganarnos la confianza del orgullo y la hosquedad con que nos defendemos. Cuéntale mucho a la recia corteza, a la desabrida corteza, del ronco espíritu ibérico detenerse sobre las blancas cuartillas y deslizar quedamente el murmullo de la vida del día, de la vida pasada que sigue viva en el recuerdo, o los hombres y paisajes de extrañas tierras. Mientras vive, un hombre de España prefiere siempre elevar su voz y proclamar en el aire su sentir o su vivir. Gusta mejor de abrir el corazón y la memoria ante un rostro expectante. No le place dejar los pasos y las pasiones de su existencia al alcance de cualquier lector, como si el lector no fuera también un hombre deseoso de otras humanidades.

Algo hay que desde lo más hondo repugna a nuestra idiosincrasia e impide derramar o conservar por escrito cuanto hubo de vivirse. Violenta de tal manera este tipo de confesión o recuerdo, que hasta los descendientes de quienes escribieron así, confesándose, recordándose, destruyen o esconden sus escritos. Cual si hubieran caído en reprochable devaneo. Y quizá todo ello estribe en esa virilidad, que muchas veces nos produjo males sin cuento por entenderla mal, que es el máspreciado bien de la raza.

Por estas y algunas más razones que no son del caso ahora, la biografía de los creadores de belleza y arte en España es una sucesión de escritos notariales, de contratos de trabajo o de premios y galardones oficiales. Hombres desbordantes de vitalidad, insaciables de vida, quedan reducidos a una mera relación de hechos que apenas nos dicen nada de sus poderosas ambiciones y anhelos. Tipos humanos de una personalidad inigualable, bravos hasta el colmo de la osadía, o tímidos hasta colmar la medida de toda hipersensibilidad, aparecen a los ojos del futuro como un derrotero cuyos únicos jalones fueron solamente los fríos registros burocráticos de la sociedad. Y nada está más lejos de ser cierto. Nada está más lejos de ser verdad, sobre todo en tratándose de españoles. De este modo es. Nada sabemos del amor ilegal entre doña Jerónima de las Cuevas y el gran pintor de Toledo. Mejor dicho, al fin se pudo conocer tal ilegalidad (¡era imposible que fallaran los archivos hispánicos!). Tenemos noticias de eso, y con ello, a pesar de los pesares, a pesar de los documentos, escapa de las manos ansiosas del recuerdo el drama de dos almas que no pudieron vivir asediándose un día y otro con el amor. Es facilísimo documentar la producción del hermético Velázquez. Al alcance del peor narrador está el discurrir una novela sobre las presumibles aventuras del fabuloso maestro de Fuendetodos. Del diario íntimo del exquisito espíritu y gran pintor que fué Rosales únicamente se imprimieron retazos. Es que los extremos se tocan. Tanto pudor viril para ocultarnos a los ojos del futuro nos aproxima a esas ridículas doncellas ruborosas de que alguien las mire los dedos de las manos, que serían más virginales aún estremecidas por la emoción.

Pero no hemos de desesperarnos. Cada cual es como es entre tanto Dios no lo remedie. Nosotros somos así. Viejos a trallazos de historia cruel. Pueriles, capaces de rebasar el límite de lo más ingenuo. En el fondo no nos va tan mal en la empresa. Cuando nos conocen, nos sueñan y un sueño vale por muchas realidades. Cuando no nos quieren conocer, no merece la pena que nos sueñen. Hemos de dejar que desbarren a nuestra cuenta. Así es la vida, y la vida, que no es fatalidad, es impagable tal como es, sin darle vueltas. No conviene reclamar que los hombres de talento se consideren obligados a dejar a la posteridad la historia de su vida o, como en el caso que hoy me obliga a escribir, el diario de sus viajes. No es prudente aconsejar tal cosa porque en este pueblo de para-



dojas feroces sobrarían entonces los exhibicionismos o las desfachateces dalinianas. Démonos por contentos con hallar de vez en cuando escritos, verdaderamente personales, escritos para no publicarse, como los diarios de viajes de José María Rodríguez-Acosta.

Algún día, con más conocimiento del tema, habrá de hablarse de quién fué y cómo fué el pintor granadino Rodríguez-Acosta. Todavía hay tiempo para ello, para que no se diluya en vagos recuerdos su personalidad, para que no se convierta en una mera y estúpida sucesión de documentos: partida de nacimiento, notas escolares, medallas en las Exposiciones Nacionales..., y, de tal modo, hasta rematar con el certificado de defunción. En realidad, a este proyecto de reconstituir la existencia de un hombre inteligente y sensible pertenece la publicación en la revista ARTE ESPAÑOL de los diarios de viajes escritos por él en un estilo familiar, perfectamente válido para quien, seguro estoy de ello, creyó que sería su único lector. La recopilación de los escritos del autor de los "Gitanos del Sacro Monte" puede y debe aparecer en estas páginas y será un anticipo del estudio merecido por este hombre de España.

José María Rodríguez-Acosta no sintió la necesidad de escribir de cara al público. Tampoco le acució la veleidad de ver impresa su firma en letras de molde. Gustaba de la literatura, de leer o de que las leyeran en voz alta mientras corría su pincel sobre el lienzo. Más de una vez suspendió el trabajo, la faena de pintor, para tomar nota de un pasaje que le había llegado al corazón o la mente. Los libros de la excepcional biblioteca de su carmen granadino, de la actual Fundación que dejó bajo el nombre de su padre, están llenos de indicaciones y hasta de comentarios. Pero jamás pensó en escribir para los demás. De estar vivo, jamás hubiera dejado publicar sus diarios de viajes, estos diarios de viajes que ahora comienzan a darse a la luz. Hoy sabe él más que de sobra con cuánto fervor, con cuánto deseo de que sirvan a su memoria, se imprimen las sencillas explicaciones que a sí mismo se daba para recordar sus andanzas por el mundo.

En el periplo turístico, turístico de veras, de José María Rodríguez-Acosta, apenas se encontrarán extensos párrafos dedicados al arte y mucho menos a las disquisiciones estéticas. Tenía cultura y sensibilidad para haberlos redactado y servirnos, de paso, una inmejorable información sobre sus gustos, inquietudes e ideario artístico. Pero él no pensaba en nosotros. Tampoco pensaba en sí mismo, pues de lo contrario, el futuro sí hubiera estado en su mente. En verdad solamente le preocupaba al rico viajero, viajero en un espléndido barco de turistas, recoger—con orden y cronología—las impresiones de la vida sencilla, la más real. Aquella que se muestra generosa a la mirada del hombre. El mundo que surca un día y otro, nunca igual, las calles de los pueblos desconocidos en los que solamente podremos ser pasajeros, en los que nunca tendremos ocasión de avecindar, de entrar en la hondura. Esa existencia sólo posible de ver así, transcrita en frases rápidas, honradas. Honestas y humildes, porque nada es más común que ese énfasis y esa pedantería que ponen buena parte de los escritores de viajes. Ciegos por su fe de que conocen a fondo los habitantes y las tierras que visitan; por haber visto media docena de paisajes, o haber hablado con media docena de hoteleros. A Rodríguez-Acosta le impresionan las palabras de cuantos le rodean. Hasta le molestan, a veces, a fuerza de vaciedad. Pero nunca le veremos tomarse demasiado a pecho sus impresiones e incurrir en el extremo de teorizar. Nada más lejos de la lucubración, de la palabrería insensata, que el diario de viajes de nuestro pintor. Le hubiera dado una indefinible vergüenza manifestarse, a sí mismo, así. Era demasiado tímido como para proceder de esa manera.

La timidez le acorralaba en el camarote del barco sueco en que hizo la mayor parte de sus viajes. La timidez le hacía no intimar con los bulliciosos y superficiales viajeros, harto cargados de millones como para tener extraordinarias urgencias de pensar. La timidez es el dramático personaje de los diarios de viajes del pintor. Ella surca los mares con él, es su dueña. Domina sus sueños, sus actos, sus palabras. Impera incluso sobre los delicados sentimientos. Ella esclaviza la pluma. La timidez es un fantasma, no de aire o de bruma. Es fuego que caldea, que da fiebre al ánimo y postra al ánimo. Ella convierte en una verdadera tragedia todo cuanto está escrito con pureza y simplicidad.

Leyendo estos viajes por Rusia, Egipto, Estados Unidos, la India, Canadá..., entran ardientes, enternecidos deseos de irrumpir en la existencia del artista para gritarle que la vida la tiene ahí, al alcance de las manos. Dan ganas de lanzar un alarido y decirle al pintor que tenía todo en sus manos—hasta la pintura, hasta el talento—, que sólo se vive una vez. Pero seguro que es mejor no bramar en vano, no chillar en vano. Que es mejor entrar con respeto y silencio por esas páginas. Precisamente porque sólo se vive una vez.

JOAQUÍN DE LA PUENTE



## I

7 AGOSTO 1933.

Al subir la pasarela que desde el *pier* [muelle] conduce al *Gripsholm*, veo la gente mirar hacia abajo y veo dos banderas rojas con la hoz y el martillo y un grupo como de unos veinte o treinta hombres jóvenes que avanza entre la gente. Cuando los del grupo van llegando hacia la proa del barco, la policía se acerca a ellos. Se oyen vivas a Rusia y la policía aparta al público y deja aislado al grupo de las banderas. Es un grupo de gentes vestidas de negro que contrastan con el resto del público, de colores más bien claros y varios. Rodeados de la policía, 5 ó 6 han sido bastantes, cantan la internacional y una mujer grita: ¡viva Rusia! En el otro extremo del barco y en este extremo, un poco más allá de los de las banderas, hay grandes grupos que vienen a ver salir el barco y también en los picos del *pier*. Esto es a las diez y media de la noche, y en seguida no veo más las banderas. Me dicen que en este barco van a Rusia varios comunistas suecos y han venido a despedirlos. A las once empieza lentamente a separarse el barco del *pier* y tarda cerca de media hora con los remolcadores en separarse unos doscientos metros que necesita para ponerse en marcha. Los grupos gritan: ¡hurra, hurra, hurra...! Los pasajeros arrojan serpentinillas, y al irse separando el barco de la tierra van pareciendo serpentinillas de un metro. La gente del *pier* canta una canción, y al lado mío, en el barco, dos hombres se descubren. Es el himno nacional sueco. Hace aire; el cielo con muchas nubes con luna que parece tiene un cielo fijo y quieto y como si otros cielos de nubes pasaran de prisa por delante de él. Se acerca un remolcador nuevo, muy pintado, y se pega al barco. En éste encienden una fuerte luz que ilumina una escalera que va al remolcador. Una lanchita color de madera barnizada, que viene por delante y la izquierda, entra dando tumbos y parece se va a hundir al entrar en la zona del mar que mueve el barco. Es una lanchita con motor, y de ella de un salto pasa al remolcador un hombre que sigue y sube al barco ayudado por un marinero. Es un hombre sin uniforme y sin nada en la cabeza. A los pocos momentos (son las doce menos cuarto) baja por la escalera el práctico, se apaga la luz y el barco anda más de prisa. Tiene el mismo ruido de todos los barcos grandes; una especie de rumor cadencioso muy tenue y el ruido constante del agua al alzarse por la proa. He visto en el puerto el *Britannia*, en el que he atravesado dos veces el Mar del Norte tan desagradablemente, por las malas condiciones marineras del buque. Tiene iluminados los camarotes, y desde arriba, como ahora lo veo, parece una decoración. Todo el puerto, que siempre había visto de día y desde barquitos pequeños parece otro de noche y desde un buque alto. Un rato largo, durante una hora, está el mar cuajado de las innumerables islas, simplemente peñones, que rodean Gotemburgo y es un espectáculo precioso.

Esta noche vamos a atravesar el Kattegat.



8 AGOSTO 1933.

A las once y media de la mañana, frente a Korior (Dinamarca), que se veía al fondo, lejos, pero de la que se distinguían las casitas de una planta como tiendas de campaña blancas y rojas y 4 ó 5 chimeneas y el centro de la ciudad más aglomerado con casas más altas. A esta hora el barco paró para dejar arrimarse un magnífico y grande y sólido y pintado ténder Svava de Copenhague (Kjöbenhavn).

Moviéndose algo el mar pusieron un puente corto estrecho y sin barandas, casi vertical y con los travesaños de madera haciendo de escalones. La baranda del puentecito no se pudo utilizar, porque era de cuerda, por ser este barco tan alto y tener que poner el puente casi vertical. Subieron al barco más de 50 nuevos pasajeros y fué la diversión del pasaje el ver los apuros para subirlos ayudados por cuatro hombres. Los había atrevidos, atolondrados, que hacían el ridículo cuando al primer paso, de los tres que tenían que dar, por el puentecito, tenían la sorpresa de verse perdidos y temiendo caer al mar; los serenos, que pasaban mejor que nadie, y los tímidos, entregados como un fardo a los cuatro hombres que les ayudaban.

A las doce menos cinco se separó el ténder y el *Gripsholm* empezó a andar, dando tres golpes de sirena como al salir de Gotemburgo y siendo contestado por el ténder, y en seguida otro golpe de sirena del *Gripsholm* y otro del ténder y cada uno a su camino. Ha asomado unos minutos el sol por entre un claro de nubes. Todos se han apresurado a tomarlo, pero en seguida las nubes lo han cubierto y vuelve lentamente la dispersión, al convencerse que no va a volver a lucir, al menos por ahora.

Los comunistas suecos no fueron a despedir a sus compañeros suecos sino a saludar a los comunistas rusos que vienen en el *Gripsholm* desde N. Y. [Nueva York] y van a Rusia. Persona del barco, secretario del jefe de..., me dice que van cuarenta. Las primeras veces la compañía tenía temor de que la tripulación hablara con los rusos que viajaban en el barco y, con inquietud, los veían hablar con ellos, muy intrigados e interesados, pero vieron que cuando desembarcaban los rusos la tripulación era más conservadora y, añade riendo, más que la misma compañía.

Veinte días antes de salir el barco me mandaron un cuestionario para que lo llenara, porque lo exigía el Gobierno ruso para permitir el desembarco, y en él pregunta si ha estado uno antes en Rusia, a qué fué, por qué se fué, qué documentos usó para salir, por qué va uno ahora, qué profesión tiene y qué clase de documento tiene uno para entrar y quién se lo ha concedido. Me dicen en el barco que no tiene nadie seguridad de desembarcar porque a muchos no los dejan y que no tiene uno después de desembarcado seguridad de que no le manden embarcar en seguida sin que sepa uno por qué. Hoy día 8 aparece un letrado en el barco, con letras grandes y subrayado, por el que veo que podré hacer fotografías en L. [Leningrado]. Dice que sólo se permitirá hacer fotografías en L. bajo dos condiciones: 1.<sup>a</sup>, no hacer fotografías de los sitios y cosas prohibidas, y 2.<sup>a</sup>, que todas las fotografías que se tomen tienen que ser reveladas exclusivamente por el Intur Office antes de salir de Rusia.

Un capitán del Ejército sueco me ha contado que estuvo en el campo y que se pusieron a comer en una choza, alumbrada por una tira de madera larga, y que vinieron muchas personas a verlos y, al preguntar qué querían, les dijeron, "no,



no es nada, es que vienen a ver gentes con ustedes limpios y que comen y son libres". Dice que tenían un aspecto de sumisión tremendo. Según él, no hablan nada hasta que se les puede dar vodka, y entonces ya hablan y terminan diciendo: "¿Qué podemos hacer?" Desde las tres tenemos sol y he estado la tarde hablando con dos empleados del barco sobre cubierta. He ido a ver las cocinas y cámaras frigoríficas con muchos pasajeros. Caras amables en los obreros, y el jefe, que habla francés y es un hombre muy simpático y sonriente, nos dice a la señora empleada y a mí que nos quedemos, que nos van a enseñar las frigoríficas. Hace un calor insoportable y luego, solos en las frigoríficas, mucho frío. Un jefe muy serio toma nota de lo que se va sacando. El jefe principal nos enseña todo y las frutas y legumbres que trae de N. Y. Me hace meter la mano en los guisantes que estando en la frigorífica, y más las primeras capas, dentro están calientes como fermentando. El los revuelve. Se habla de *bovillabaisse* y promete hacerla un día y nos va a mandar a nuestra mesa una ensalada especial. Habla del café y dice que aquí no entienden y que él tiene apartado del bueno y bien tostado.

9 AGOSTO 1933.

El pasaje está preocupado con los millonarios yanquis que han subido a bordo en Estocolmo. Me han presentado al grupo de ellos en una *cocktail-party* y han estado muy amables conmigo. Al presentarme a un señor, Mr. Mc Crossin, de Brooklin, me ha dicho: "*You are the fairest on board.*"

Digo que están preocupados porque quieren ver al señor que posee unos 2.000.000.000—dos mil millones—de coronas, además de a otros que tienen poco menos, y también a la familia. Me han enseñado a la hija del más rico porque yo no la conocía ni sabía nada cuando me presentaron a ellos. Se quejan de que hay demasiada gente a bordo. Querían el barco para ellos solos.

Una señora joven de unos veinte años, muy limpia, bonita y de muy buen tipo, ha llamado a la señora empleada del barco que atiende y alterna con los pasajeros. Al llamarla, esta señora le ha dicho: "¿Qué desea usted, señorita?" Entonces la señorita le ha contestado: "Perdón, mi padre es conde." "Bien, qué desea la señora Condesa." "Deseo que me presente usted un noble sueco para poder hablar con alguien." Esta noche a las cuatro de la madrugada hay que adelantar el reloj una hora.

El día 8, en la comida de la noche, a las ocho, conocí al matrimonio Curtrowall; el marido escribe para dos periódicos suecos y viven en París. El hace también las ilustraciones. Vienen a este crucero para desaturdirse un poco porque han perdido su único hijo de cinco años y medio. El es más simpático, un poco tímido y amable. La mujer también, pero más decidida y habladora. El día 9 amanece claro y yo estoy leyendo al sol sobre cubierta la *Vie intime*, de Kaiserling, antes de almorzar. Hacia la una sube un práctico para entrar en Nynesand, y ya se ven las islas y faros. Se separa del buque un vaporcito o lancha de motor muy cuidada, muy barnizada y elegante de formas, con bandera sueca.

Aparece el cartel del Servicio religioso en Reval: Iglesia evangélica luterana, Iglesia alemana, Iglesia sueca, Iglesia griega, Iglesia Rusa, Iglesia Católica, Iglesia estoniana.

Salimos anoche, día 8, al mar Báltico por el Gran Belt, entre las islas dinamarquesas.



Día 9, a las tres pasó el barco frente a unos grupos de islas de prados verdes y bosques es Nynerand y se ve lejos algo de la ciudad. El mar, muy azul y el día con sol y con nubes grandes en el horizonte. Aire. Aparece en seguida un barco no pequeño, precioso y muy bien cuidado, como nuevo, que se llama *Drotten Visby* y se acerca al costado del *Gripsholm*; viene adornado con banderitas nuevas y brillantes en las cuerdas y trae 114 pasajeros de Estocolmo, y ya está completamente lleno. Muchas barquitas con motor bien pintadas y llenas de gente, con trajes de colores alegres, dan vueltas junto al buque que vienen a admirar y se les ve en lo hondo mirando hacia arriba saludándonos alegres. Deben vernos como algo maravilloso que cruza los mares con seres felices. En la piscina la gente, con bañadores verdes y rojos y azules, se baña a 20°, con el agua transparente y el fondo y las paredes de la piscina pintadas de verde claro. En todo el alrededor de la cubierta hay colchonetas blancas donde la gente toma baños de sol. Todo es de una transparencia y una riqueza de colores extraordinarias. A las tres y media se separa el barco que trajo los pasajeros y el nuestro se pone en marcha, esta vez sin toque de sirena por parte de ninguno de los dos.

10 AGOSTO 1933.

HELSINGFORS.

A las nueve he salido de mi cabina y he visto, desde el barco, Helsingfors, que está algo lejos. Con el matrimonio periodista sueco he ido en un barco desde el *Gripsholm* a Helsingfors todo rodeado de islas, islitas y peñones que asoman pocos metros cuadrados de superficie. En todos hay algo de construcción de material o de madera y no muchos barcos. En seguida veo la primer iglesia de arquitectura rusa. Es de ladrillo rojo oscuro y las cúpulas blancas, con los remates dorados. Tiene pintados de blanco todos los salientes que se cubrirían de nieve cuando nevara; así es ella inmutable, tanto si hace sol como si nieva. Hoy choca menos ese contraste porque está muy nublado y llueve. Se ve enfrente de a donde se dirige el barco una gran escalinata de piedra gris en el desembarcadero; detrás el mercado y después edificios oficiales con el palacio del presidente. Helsingfors es una ciudad bastante grande, de calles anchas y ordenadas con buenos edificios de estilo clásico, neoclásico—también del estilo anodino que hay en todas partes—, y tiene bastantes edificios modernos y muy modernos, alguno acertado. Se siente la extraña impresión de pisar duro, de ver los menores detalles, de contemplar la gente con toda claridad y toda evidencia, de vivir y tener cada uno su historia continua, real y vulgar, en una ciudad tan lejana que para uno parecía una ciudad de ensueño. Algo ayuda a experimentar más ese sentimiento un tanto extraño. Algo hay en el ambiente que te recuerda la visión fantasmal que tenías de estos países. Sí, ya está. Aquí está prohibido el uso de los *claxons*; no los llevan los automóviles, y la circulación es silenciosa. Cuando te das cuenta de esto ya ves Helsingfors realmente real. Ha empezado a llover y nos ha cogido en las avenidas de un parque sin poder escondernos. Nos ha caído tanta agua, que yo no recuerdo nada igual. Cuando hemos encontrado un auto de la expedición del barco nos hemos metido en él, y yo, al bajar la cabeza para entrar, he dejado caer dentro todo el agua que llevaba en el ala del sombrero. Hemos visto la ciudad desde un auto. Hemos visto en lo alto de un parque una estatua de tamaño colosal que representa



un náufrago con unos niños y que levanta despavorido un brazo pidiendo socorro. El del taxi nos dice que está puesto mirando a Europa, a la que pide socorro contra Rusia, que está a su espalda. Andando por las afueras, al pasar por un sitio, nos dice: "Por ese camino se va a Rusia." Por el centro de Helsingfors hay una gran plaza y en uno de los laterales hay unas cuantas, 15 ó 20, piedras de tumbas así [vid. dibujo A], que son de héroes de la guerra civil del 18, entre rojos y blancos. En el centro hay un mausoleo que es como una caja chata de bronce patinado. En la otra gran plaza, con una estatua en el centro, está a un lado la Universidad y al otro el Ayuntamiento, que son casi iguales de arquitectura, y en el centro un palacio, no sé de qué. El cuarto lateral son casas particulares. El total, de mal gusto neoclásico. La plaza, pendiente. Los números ya son un poco rusos [vid. dibujo B].

Hemos visto la reciente Cámara de los Diputados, por fuera magnífica, muy estilo moderno de piedra. Se ha recordado mucho al hacerla al Ayuntamiento de Estocolmo, sobre todo en detalles de columnas, puertas, ventanas, hierros, bronce, capiteles, muebles, etc. Tiene cosas muy bien conseguidas, como la sala de recepción, toda en gris verde y verde gris, un poco quebrado con los bronce de las puertas y todo elegante de líneas; muy bien. El café, con el techo azul claro brillante, en el que se ven las mesas, las puertas y las columnas como si el techo fuera de agua en un estanque. El salón de sesiones, un fracaso. En armonía con todo el interior, pero muy desacertado en las pocas ideas que tiene. Hay detrás de la presidencia unas hornacinas que llegan al techo y tienen cada una una estatua excesivamente torpe. Las votaciones, *Sí, No*, se hacen tocando uno u otro de dos botones que tiene cada pupitre, y, en un cuadro que hay a los lados de la presidencia marca en el de *sí* o en el de *no*, según el botón que toca cada diputado. Había que ver el entusiasmo de los suecos cuando supieron que esa instalación estaba hecha por un sueco. Vinieron a decirme que el *invento* de los timbres de votación era sueco. *On l'oublie mais il y a encore quelque chose en Suède*. (El mar con el nublado y la lluvia era una pintura finlandesa.)

Después de almorzar fuimos a Sueabord, el Gibraltar del Norte, la última plaza que rindieron los suecos a Rusia. La visita ha sido una sesión de patriotismo más. Ha habido muchos hurras y mucho silencio religioso en las explicaciones y los himnos nacionales sueco y finlandés y los sombreros quitados y decirme: "*Monsieur je suis touché d'émotion, je ne sais pas que c'est une chose exclusivement suédoise. ¿Croyez vous que tous ont été touchés, parce que je crois que oui. J'ai demandé et on me dit qu'il y a entre nous bien de finnois.*" Me dicen además estos suecos, y me lo repiten tres veces, que en la explicación han dicho que cuando se hizo esta fortaleza era la más moderna de todo el mundo. Se ha querido ver por otros países si habrían tenido ellos otra más moderna, pero no. Cuando se hizo era la más moderna. Ahora, claro, no sirve para la guerra y se conserva como monumento. Debe uno estar equivocado, pero yo creo que al acabar cualquier fortaleza del mundo aunque no sea sueca, podrá no ser la más perfecta, ni la más útil, pero siempre es la más moderna, y ese honor lo han tenido todas las fortalezas.

Para ir a Sueaborg desde el *Gripsholm* en un barco pequeño, y antes de desembarcar en la isla en que está el puerto, una banda de música interpretó un himno de la Guerra de los Treinta Años. Había salido el sol y el mar también estaba como en una marina finlandesa.

Los soldados están pobremente vestidos de gris, los pantalones negros y botas



altas. Volvemos al *Gripsholm*. Salimos a las cuatro de la tarde—son las seis—(la otra salida fué por la mañana a la ciudad), y siente uno qué trabajo y qué molestia es viajar con toda comodidad y ver las cosas. Cansadísimo, con dolor en los riñones y en las piernas los achuchones de la gente para bajar del barco y subir al otro, por un pontón entre los dos, con mucho aire y saltando el agua entre el pontón y los barcos, la máquina de fotografiar, una mano en el sombrero que se quieren llevar las violentas ráfagas de aire y la otra en las barandas de las escalas, mientras siente uno las manos de los empleados que le ayudan a no caer, pues además lleva uno los ojos casi cerrados. Por fin estamos dentro del *Gripsholm*.

La señora empleada del barco es de una vulgaridad y una cursilería de lo más puro que se pueda pensar. No habla más (y no para) que de sitios divertidos, de trajes, de personas que ha conocido en el barco y que eran *ravisantes*. "*Oh j'adore les celeris. La comtesse de tel etait ravissante.*" Yo no me la puedo quitar de encima y ya le he dicho dos o tres cosas de mi gusto, en contestación a sus opiniones: "*Quelle etrange façon vous avez de voir les choses.*"

Una sueca: "*Est ce vrai qu'en Espagne toutes les femmes vont habillées en noir.*" La señora belga del barco: "*Est ce que vous avez des pommes en Espagne. Ah, je les adore.*"

Desde por la mañana nos han recogido el pasaporte porque sin eso no tendremos permiso para desembarcar en Leningrado. A las once de la noche llaman con una corneta para decir que por fin tenemos permiso y por la mañana nos darán unos tickets para permitir desembarcar y ver el programa.

Esta noche a las cuatro se adelanta otra hora el reloj.

## DÍA 11.

## FRENTE A LENINGRADO.

Esta noche apenas he dormido dos o tres horas. El barco ha estado moviéndose mucho toda la noche y se sentía el aire dar contra él y el mar agitado. Cuando estaba empezando a dormirme sentí pasar algo grande y de algún peso junto a mi cara, y esto me desveló, porque encendí y vi en el suelo una especie de cubrecama grueso que debía de estar puesto sobre la viga de hierro que cruza la cabina. Luego el mar estaba cada vez peor y parecía que me iba a tirar de la cama y me iba a echar el baúl encima. Me levanté a quitar algunas cosas que empezaban a sonar y así he pasado la noche. Había que levantarse temprano porque se llegaba a las nueve a Leningrado. Yo salí a las nueve menos diez de la cabina. Se veían las costas rusas poco elevadas y de líneas suaves. El mar estaba desagradable, nublado. Lluve a chaparrones y hace aire huracanado. El color del mar es de color de barro y hasta la espuma tiene algo de ese color. El aire deshace en seguida en ráfagas como de humo la espuma de las grandes olas que se forman en el mar, y hasta en los sitios sin espuma, entre ola y ola, riza la superficie y barre el agua, sacándole también ráfagas como de humo. Las costas de Rusia aparecen y desaparecen por los chaparrones de agua que avanzan. Tomo el desayuno y subo con el periodista sueco y su mujer, el matrimonio Centerwall y el matrimonio italiano Croci, que se unió a nosotros anteanoche, a esperar que entre el barco en Leningrado y nos den el permiso para desembarcar. Pero nada de esto llega y son más de las diez de la mañana. La mujer sale de donde estamos y vuelve y nos dice que el capitán ha dicho



que hemos pasado esta noche una gran tormenta y que no tenemos piloto para entrar en Leningrado, porque no se le ha encontrado en el sitio en que se esperaba y están telegrafiando a ver si se sabe dónde está. Son más de las once y el barco debió llegar a las nueve y está parado, o anda poquísimo. Ha venido un señor adonde estamos sentados. Es uno de los jefes de la Compañía y dice a estos amigos que el capitán ha estado toda la noche sobre el puente, que se acostó a las tres de la madrugada y a las cuatro lo volvieron a llamar. El barco ha estado parado desde las tres hasta las seis de la mañana y ha tenido que irse volviendo para capear la tempestad. No se sabe nada del piloto, y cuando se encuentre harán falta de tres a cuatro horas para llegar a Leningrado. Esperan que llegaremos a la tarde y bastante tarde. Dice que van a telegrafiar a la Compañía a ver si permite que alarguemos un día la estancia aquí para que estemos dos días. Son las doce y todo sigue igual. Pasan barcos de carga que parece se van a hundir porque el casco desaparece detrás de las olas.

Una boya faro ha sido arrancada por la tempestad y arrastrada siete millas marinas. El barco sigue andando muy lentamente, dando vueltas sin adelantar, con objeto de que tenga menos movimiento que dejado parado. En efecto, se soporta bastante bien, y al menos los que andan por fuera de sus cabinas, que son muchos, están muy bien y charlando tan tranquilos. Pero pasan las horas y el barco sigue dando vueltas, haciendo el barco fantasma, y a mí, en el fondo, me parece lo natural, no que haga el barco fantasma, sino que en realidad se haya convertido en tal, porque desde niño me ha parecido una cosa fuera de toda posibilidad el poder llegar a tierra rusa y ver Rusia como si fuera Marte. Todavía esta mañana, al vestirme, me decía: "Dentro de minutos va a parar el barco y vas a asomarte y vas a ver *a ver...* ¡¡Rusia!!" Me parecía una de tantas veces que se quiere uno engañar en la vida pensando cosas como posibles y sabiendo, en el fondo, que de ningún modo han de ser. Ver la tierra rusa, las piedras, un árbol, yerba, flores como las de otros sitios, perros, la gente, la gente viviendo vida rusa. Quimeras. Quimeras. Este es un buque fantasma y fantasmas estos yanquis millonarios, y, claro, así se explica tanta tontería como dice la empleada belga del barco y las absurdas inquietudes y programas y la extraña testarudez de la mujer del periodista sueco, que hoy he visto que es cojo. La avidez de hablar de la mujer del italiano Croci, cuya madre era rusa, y que saca la nariz y la boca para hablar y entorna los ojos sonriendo y no acaba, no acaba nunca; y la belga, "*qui adore les oignons cuits*" y la italiana rusa y la belga que no hablan más que de *cocktails-parties* y de *party-bridge* y lo *ravissante*; y yo en medio de tanta estupidez. La sueca viene y dice que han telegrafiado del barco a Leningrado pidiendo el piloto y han contestado que cuando haya un claro saldrá, porque ahora como está el mar no puede salir y además tiene un barco demasiado malo. Ha intentado vanamente salir tres veces de Kronstadt. Seguimos dando vueltas y de rato en rato vemos la tierra rusa, y luego el mar y el cielo unidos por la lluvia y el vendaval, y luego otra vez la misma tierra rusa como una obsesión. Cuando estemos obsesionados en este remolino nos sacarán por el lado del sueño, de la tierra y el cielo, unidos en el vendaval, y despertaré, pero luego no me acordaré de nada de esto. Pero ¿cómo es esto? El italiano viene hacia nosotros y también es cojo. Ahora ya no me cabe duda. Adiós sueño de la Rusia, posible de ver. Cuando me despierte mañana estaré en Marstrand esperando el desayuno.



Tengo la cabina núm. 79. Voy a ver las fotografías que hacen y venden a bordo y que están numeradas para que pida cada uno el número que quiera. Estoy en una, la única, a la puerta del Parlamento finlandés, y es la núm. 79. Son las confusiones propias de los sueños.

A las cinco y diez, estando sentado leyendo, pasa ante mí un muchacho camarero con unas tazas y queriendo comunicarme su satisfacción, y sabiendo que no soy ni sé sueco me dice sonriendo: "*pilot comes*". El piloto viene. Le doy las gracias y salgo a verlo llegar. Está a 300 metros del barco. Ha salido el sol, y con el color de tierra que tiene el mar y el mar de fondo, parece que viene subiendo por montañas muy pendientes y bajando por el otro lado. Ya está al lado del *Gripsholm*. Es un barco viejo y mal cuidado con remiendos de pintura roja y negra; tiene telegrafía sin hilos y en el palo de delante una bandera cuadrada, azul claro con marco blanco; en el palo de detrás, una bandera roja que casi no lo es, a causa del humo que constantemente habrá estado ensuciándola, y sólo cuando se mueve al trasluz se ve con tono verde la hoz y el martillo con una estrella encima: el signo del comunismo ostentado oficialmente. Me esfuerzo en comprender la emoción: dentro veo un hombre de indumentaria de oficial, descuidada, de negro, con gorra blanca. En un cuerpecito de encima de cubierta, otro oficial con gorra verde fuerte, ni claro ni oscuro y por abajo asoma otro hombre normal con un *par-dessus* y sin nada en la cabeza. Son los primeros bolcheviques auténticos oficialmente. Ha dejado el piloto y se separa del *Gripsholm*. Al verlo por la parte de atrás, percibo que va también una mujer de unos cincuenta años. Adelanta y pasa por delante de nosotros, de la derecha a la izquierda. Va dando unos tumbos enormes. Va seguramente a dejar también piloto a otro gran buque de pasajeros (francés creo); es el *México*, de la C.<sup>a</sup> Gl. Tras.<sup>a</sup> francesa un poco más pequeño que este, pero poco y precioso de línea, y que como nosotros ha estado capeando el temporal desde este medio día, cerca de nosotros y lo hemos estado viendo. No me explico cómo el barco del piloto ha podido llegar viéndolo ir y me parece imposible que no se hunda mucho antes de llegar a Kronstadt.

#### FRENTE A LENINGRADO.

Algunas personas del pasaje han estado mirando al barco piloto con interés pero todos los demás no se han asomado y han seguido tomando el té. Hemos empezado a marchar ya en línea recta. Parece que no sueño. Llegamos a una especie de islas que se ven desde lejos y que algunas parecen sólo un cuartel puesto sobre el agua. Entre estas islas que parecen una barrera hay un pequeño barco de guerra, no muy pequeño (debe ser un crucero no muy nuevo ni limpio), lleno de gente de colores pardos y negros que más bien parecen pasajeros. Tiene dos banderas rojas, claras, limpias, una atrás y otra delante, con una especie de líneas de estrellas blancas hasta los bordes, y en el centro un círculo blanco con una insignia que no he podido distinguir. Parece todo como una ciudad y un campo inundados. Desde muy lejos se ve un gran edificio, que está en la tierra más grande de la izquierda, que parece un poblado y que es una catedral de estilo bizantino. Hay talleres, brazos de puerto y tres buques más de guerra, uno de ellos mayor y todos de las mismas características. Los cuatro tienen las torres muy complicadas. Pasada esta barre-



ra, vuelve el mar ancho, pero en el horizonte hay tierra por todas partes. Al cabo de un rato se entra en un canal artificial, recto y ancho, que tendrá unos dos y medio o tres kilómetros de largo por cien metros de ancho. Cada lado del canal está formado por un montículo—crecido de hierbas, arbustos y árboles—corrido de tierra de unos cuatro metros de ancho y sale sobre el mar un par de metros. Detrás, a los lados de este canal, está el mar ancho, y en el horizonte se ve tierra. El canal es así [vid. dibujo C] y, al llegar el barco donde está la flecha, me llaman para que recoja el permiso de desembarco del Gobierno de los Soviets. Bajo a comer.

DÍA 12 AGOSTO 1933.

LENINGRADO.

Son las ocho menos unos minutos; estamos en el comedor cuando pasa el barco. Algunas personas abren las ventanas para ver y los camareros sosteniéndolas se ocupan en mirar. Desde el otro extremo del comedor yo veo a unos 30 metros del barco unos hombres y una mujer rusos. Ellos miran atentamente. Pobre gente de los puertos, aun aquí no espero que sean todos iguales. A las ocho y veinte salimos del barco. Ya han bajado algunos pasajeros. Una música militar rusa, unos 25 hombres, o 30, nos da la bienvenida interpretando varias músicas. Grupos de obreros nos esperan y nos miran; están quietos como estatuas. Hemos subido a unos automóviles magníficos del Inturiste Office. Son grandes de 7 plazas, del tipo moderno, pues hace muy poco tiempo que Rusia ha dejado entrar turistas. Un *Lincoln* un *Packar* enormes. Corremos por el puerto y un camino, y luego en la ciudad hasta el centro van disparados. La gente se aparta porque el mecánico no hace mucho caso. Al preguntarle si habla inglés o alemán contesta que sólo ruso y para contestarnos se quita la gorra. Algún que otro guardia de la circulación. Uno, para que tomemos una vuelta delante de él, nos hace una labor de fantasía y gallardía, que el guardia de Gotemburgo, desde Avenyn al puente, parece insignificante. Es que pasan pocos coches y además somos turistas.

El aspecto de la calle ha sido para mí una cosa extraordinaria; he pensado si escribirlo ahora o dejarlo para mañana después de estar aquí más tiempo y volver a verla. A pesar de que la impresión pierda frescura, lo dejo para mañana porque será más justa.

Llegamos a una especie de jardines descuidados. Ya han llegado otros automóviles de turistas y la gente espera para vernos. Me da esta gente una impresión grande de tristeza. Al pasar hacia el teatro vemos un restaurante de madera un poco en alto con poca luz y muy pobre, pero restaurante, y se ve uno que parece obrero comiendo o bebiendo. Llegamos al teatro, que es como una especie de abanico de madera pintado por fuera de amarillo [vid. dibujo CH] y dos o tres fajas anchas horizontales rosa. Por dentro todo de madera natural exactamente como el entarimado corriente y con sillas muy duras, con asiento de tabla. Se llama con los nudillos a la puerta que separa la calle de la sala del teatro y abre una mujer con una boina de aspecto sucio. Hemos pagado 10 coronas suecas, 20 pesetas cada asiento, y nos coloca en el lateral, en las últimas filas, junto a la puerta. La escena es grande y unas enormes vigas de madera van desde encima del escenario a la parte contraria (la ochavada) para sujetar el techo. Está oscuro porque acaba de empezar la opereta. El aire huele a esparto y las personas de cerca a huesos de



vaca cocidos, bastante repugnante. Cuando acaba un acto y dan la luz yo tengo al lado un hombre joven y triste. Los hombres tienen el sombrero puesto, salvo nosotros. Buscamos a la de la puerta, pero no sabe más que ruso. Se acerca uno que habla francés y le decimos dónde nos han colocado pagando 10 coronas. Dice que va a consultar y tratar de arreglarlo, pero tarda, y cuando la gente empieza a sentarse viene y corriendo, quitando el sitio a los que van a sentarse, nos pone en segunda fila casi en el centro. A las doce de la noche acaba el segundo acto, y como estamos a cerca de media hora del barco y no sabemos si estarán los automóviles para llevarnos (y si no están el problema de la noche allí o en las calles es espantoso), nos vamos. Allí esperan los coches del Inturiste y nos vamos al barco. Las calles están muy solas pero no desiertas. En el teatro no había más que obreros y soldados de aspecto bien pobre de indumentaria. Las mujeres del pañuelo en la cabeza. Los hombres del chaquetón y la gorra de visera tan dibujados y algún joven y alguna muchacha tan fea y tan pobre como las demás. Aplauden mucho y es un buen actor cómico el que trabaja: delgado, alto y muy expresivo. Pero ¡qué decoraciones y qué vestuario! Las decoraciones, de lo más vulgar y antiguo, y el vestuario, de lo más torpe y miserable. Es un rey y la gente de la nobleza y el ejército que atropellan a todos. El rey abraza a unas muchachas, y cuando las ha abrazado, un bufón con un knut las azota para que se vayan ya y no molesten. El rey se acuesta con muchas almohadas y llama a dos mujeres para que le hagan cosquillas en los pies, y cuando es bastante, el bufón les da con el knut. El rey no está trágico, sino riendo a carcajadas todo el tiempo. Quiere que un oficial, delante de otros, le bese una mano, y como se resiste, llama al del knut y le amenaza; entonces el oficial le besa la mano. Luego meten en escena un grupo de los conocidos pobres rusos y coge uno y lo tira al suelo y el otro le da con el látigo y luego los echa a todos a latigazos. Es menester que el público sea inocente para que les den estas cosas. La obra se llama *La esclava*. Constantemente hablan en escena de París y *l'amour* y dicen algunas palabras francesas. Nosotros nos vamos sin saber quién es la esclava. Una ventaja tenerse que ir porque la obra es insoportable.

La orquesta pilla todo el ancho del escenario. Hay unos 30 músicos y al director se le ve en la cara y en todo que no es un proletario, pero lo han proletarizado. Tiene una chaqueta negra con un color y un brillo tremendos. Las arrugas de las mangas, una de debajo del cuello por detrás y todas las de delante, que le han formado la tirantez de los botones abrochados, son duras y brillantes, y una vez quitada de la persona se ha de quedar de pie y de la misma forma. Las mangas por dentro, en los puños, están ya hace tiempo deshilachadas cuando allí se ven los hilos y la falta de tela. ¡Desde cuándo no habrá estrenado este hombre una chaqueta! Tiene todo él el aspecto no de la pobreza, sino de la miseria: ese tinte amarillo de grasa fría que le cubre la cara, la calva, el pelo, la chaqueta. La mayor parte de los músicos son como él y un muchacho de ellos también. Los otros, los menos, sí son proletarios de siempre. ¡Qué caras tan tristes! Pero así los ve uno en todos los teatros de todas partes, muy tristes.

De arte colectivo, nada; aplauden a un actor o a una actriz que se distingue y que sale sólo a saludar. Han hecho una cosa muy ingeniosa. Dos suben a un carro cuyas lanzas se pierden detrás de un lateral del escenario. Las ruedas del carro no tocan el suelo y delante del pescante hay como unos zorros de algo como rafia así [vid. dibujo D]. Al sentarse y pisar en el suelo del pescante, con un cierto



compás, las ruedas se ponen a rodar y los zorros, por medio de una cuerda, se mueven, y es la cola del caballo que corre y no se ve.

Hoy segundo día que he estado aquí. He corrido en automóvil por el campo y la ciudad, desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde.

He venido aquí con la voluntad más firme de ver la verdad y a reconocer con toda nobleza lo que hubiera, sobre todo, si podía dañar a mi egoísmo. No traía más que un prejuicio: vigilarme para que mi conveniencia particular no me hiciera ver las cosas desdibujadas. Me avergonzaba íntimamente el dudarlo siquiera. Bien. Este es el aspecto de la calle, del campo y de la gente. Ha sido una sorpresa extraordinaria. No esperaba nada semejante. Las calles son anchas, rectas, con simpáticos trazados y cómodos para el tráfico, pero yo las creía claras y blancas y son calles y casas en general de color pardo achocolatado más o menos claro. Algo así como si estuvieran en una mina de hierro y todo bañado por una especie de polvo como humo de carbón. Muy a menudo huele débilmente como a una mezcla de ácido fénico, alcohol y esparto mezclado. Desde los muelles hay una verdadera invasión de troncos no gordos y cortados que llega hasta a llenar de montones solares o plazas apartadas. Todas las casas, todas, tienen destrozadas las fachadas, arrancada la pintura, que deja ver manchorroneos grandes, más oscuros o más claros, y siempre sucios, muy sucios. No se ha pintado una ventana ni una puerta en muchos años. A las fachadas estucadas se les han caído costrones muy grandes y se ven los ladrillos ya viejos del tiempo que están a la intemperie. En las partes bajas de las casas hay ya, junto a las aceras, sitios donde se podrá guarecer un perro. He visto dos desconchones así de hondos, por calles de cerca ya del centro. Los bajos que son de piedra tienen el color como si la piedra se hubiera podrido de puro sucia. En el suelo faltan como bocados de varios metros de empedrado y hay grandes charcos y polvo pegado en fachadas y rincones. Muy pocas calles, muy en el centro, están entarugadas de madera viejísima, con bachecitos, y los más grandes están separados. Los tranvías todos viejos y remendados con madera sin pintar. En alguno llevan una tabla sin cepillar de un eje de rueda a otro. En lugar de campana suena un timbre seguido. No se ven automóviles. En todo el día, dos o tres con algún soldado u oficial, yo no lo sé. Muchos charcos en la calle y algunos grandes. Ayer llovió, hoy hace buen sol. Entre la acera (rota y que se mueve al pisarla) y la calle, hay en algunas un pedazo de tierra y está llena de barro que hunde los pies. Hay tablas puestas en algunos sitios. Hay algunas tiendas con frutas, otras con algunos dulces todos asquerosos de sucia que está la tienda, porque no hay un cristal que no sea una porquería en todo Leningrado ¡Qué tiendas de modas y qué frascos!, y el marco del escaparate o las puertas están secos, despintados, desconchados. Alguno he visto saltado de arriba por donde entra el polvo y la lluvia cuando llueve. No hay una tienda como las de los pueblos medianos; si acaso como la de Alquife, y dos de modas que podrían ser de Loja. Hay, de lejos en lejos (he visto en todo el día 2), alguna librería con cartones o papeles para forro y poner encima los libros; todo sucísimo, y no hay en Madrid en la peor librería de viejo un escaparate de un aspecto tan miserable y sucio. No. Ni mucho menos. En una de esas librerías había un retrato de Lenin de papel delgado, sin marco, puesto sobre una cosa pendiente también de papel. El retrato estaba amarillento y sucio. En otra estaba Lenin y Stalin pegados un poco por arriba en el cristal del escaparate; eran dibujos groseros. En el centro estaba un busto oscuro de Lenin, pequeño. Una escultura de santi, boniti, barati



llena de polvo, y los marcos de los dos escaparates estuvieron pintados de blanco sobre oscuro o negro hace años y se ve lo negro y se ve la madera a pedazos, y el cristal del escaparate es una porquería. Las tiendas de moda y de lámparas eléctricas y de frascos y las de dulces tienen montones de gente parada. He visto 8 ó 10 tiendas lo más. En algunos sitios, guardias de circulación (he visto 3 ó 4 nada más) con uniforme y casco y botas, todo de color oscuro de polvo de carbón. Los hierros de todas las casas, las barandas de los puentes y las verjas de jardines, todo, todo sin pintar, oxidándose, y esto ayuda a dar a las casas y calles un aspecto de tragedia. La verdad es que parece que acaba de haber un gran terremoto y que un incendio ha quemado toda la ciudad.

La gente va por las aceras rotas entre charcos y barro, por delante de esas casas. Por las calles tan anchas sólo los tranvías. Parece como si no existieran los niños. Pero sí existen. Cuando ven nuestro automóvil salen de las aceras gritándonos y corriendo hacia nosotros, con unas ropas inverosímiles, con la cara pálida casi todos. La gente que va por las aceras, toda la gente de todo Leningrado, es pobre. Es una ciudad de pobres y se ve en todos la miseria; ¡qué aspecto! No es el pobre de Madrid, o el de París, o de Nueva York, o de Berlín, ni el de Granada, ni el de Armilla. Se ve en ellos la miseria y la tragedia. Se siente pena trágica al verlos porque son pobres estafalarios, pobres de feria. ¡Qué pelos, qué barbas! ¡Qué arreglos para vestirse con viejísimas chaquetas y pantalones, no se sabe cómo! Hay la gente joven con su gorra y las muchachas tan feas y de aspecto de no lavarse nunca, con un trapo rojo, o amarillo, o azul en la cabeza, es lo único claro y algo limpio que se ve. Los soldados, gris oscuro sucio, y otros con un abrigo pardo más claro hasta los pies. La gente anda despacio por las aceras como si no tuviera nada que hacer ni dónde ir. Parecen todos desorientados, con aspecto de tristeza desolada, y al verlos pasar delante de esas casas desconchadas, con los cristales rotos, con los desgarrones que dejan al descubierto los ladrillos, parece que han huído del interior por el incendio de la ciudad y, una vez apagado, nadie sabe qué hacer. Tienen una actitud de tristeza y de resignación (casi todos, los obreros jóvenes también *casi todos*) que produce verdadera compasión y pena.

Parece como si los pobres, casi todo el país, hubieran hecho una revolución sanguinaria, atroz, para salir de la pobreza, y se encontraran ahora ellos y los otros no en la pobreza, sino en la miseria y sin horizonte posible. La pobre vieja o sola ya no puede ir a pedir ayuda a la parienta, o a la amiga, o a la vecina; todos están en la miseria y ahora habría que acudir al Estado y saben que eso es inútil porque no es humano.

En ninguna parte he visto a los obreros peor vestidos ni tan tristes, con esa tristeza de aquí, tan honda, ni de raza más mala, lo que ayuda a que sienta uno una compasión infinita. ¿Cómo van a salir adelante? Todos los intentos hasta la última revolución son vanos. Cada vez están peor, y pasan los años y han pasado tantas generaciones y cada vez están peor.

Mujeres harapientas barren las calles. Muchos tranvías van conducidos por mujeres.

De un grupo de hombres jóvenes que iban por la acera uno empezó a dar voces hacia nosotros. Un niño de unos ocho años salió de la acera y se arrimó al auto enseñándonos el puño cerrado y dando voces. Otro niño igual en otra parte nos amenazaba con un palo. He visto un hombre con una mujer a la izquierda y



llevando él a su hijo de tres o cuatro años en sus brazos y apretado contra el pecho.

Producen un efecto deprimente las colas de cien o de doscientos metros de mujeres y hombres que van con sus bonos a recoger las cosas de comer. Todos tan miserablemente pobres, tan callados, tan tristes en las aceras destrozadas, o con los pies en el barro, delante de aquellas casas de pesadilla. Había colas a las nueve de la mañana; seguían a la una; seguían a las tres de la tarde, y seguían las colas a las siete de la tarde y las había por todas partes. Todo el día he visto que era muy rara la mujer que no llevaba una cesta o una especie de espuerta, algunas de lo más inverosímil de pobres (las cestas), con trapos para tapar agujeros y otras que ya eran todo trapos, algunas eran una cesta o una cosa de tela entera.

Se ven muchos hombres en la ciudad y en el campo sentados; inmóviles, con la gorra de visera y con la barbilla pegada al pecho. También muchas mujeres igual, o de pie, de espaldas a una pared, inmóviles y con la barbilla en el pecho. Se ve en las plataformas de los tranvías algún viejo andrajoso sentado en el suelo recogidas las piernas, la espalda contra la pared de la plataforma y la cabeza caída sobre el pecho. Se ven las parejas de novios laicos, tan pobres, tan sucios y tan feos. He visto en el teatro y en los palacios y en los museos las ropas de cerca. Las americanas tienen en el cuello un dedo de grasa vieja, y viéndolas se pregunta uno cuántos años hace que no se ha estrenado una chaqueta en Leningrado, y dentro de muy poco cuando ya no se puedan sujetar sobre el cuerpo, ¿qué va a pasar?

Los cristales que no están rotos en Leningrado tienen una capa sucia que ya está seguramente dura y pegada y es de un efecto trágico tanto cristal roto, o que falta, o sucio de esa manera. Igual de sucios están los cristales de las librerías y las tiendas.

La policía soviética me ha dado un permiso para desembarcar, y al desembarcar en la escala del barco (con una pistola en el cinturón) me ha pedido mi pasaporte y lo guardan ellos hasta que me quede encerrado en el barco para salir del país.

A las nueve de la mañana del día 12 he salido para Tsarkoieselo en un autobús malísimo de fabricación rusa con la marca de fábrica en el radiador, donde la tienen todos los coches. No es ninguna hoz ni martillo y debo decir que no he visto más que una hoz y martillo en el tiempo que he estado en Leningrado, salvo a la salida, que había junto al barco dos remolcadores y la tenían en la bandera de arriba. El autobús tiene por asientos unas tablas y los muelles son muy malos y los caminos igual; así, que ha sido para todos un martirio llevar un golpe de riñones cada bache.

Salimos a una carretera empedrada y muy descuidada, de unos 7 metros de ancha. Como es natural, la mujer que nos han mandado como guía es una comunista a prueba. Es una harpía. Tendrá cuarenta años, bajita, con la nariz grande; no tiene labios—la boca es como un corte en la cara—y como los tiene muy pintados con la boca cerrada casi no se le ven y al abrirla están encarnados por dentro. La barbilla le sale en punta, y desde las orejas le bajan por el cuello unas arruguitas muy finas y muy largas; los ojos, grises, y los párpados rebordeados de oscuro y rojizo; lleva una especie de boina de tela negra echada atrás y le salen por la frente, y sobre todo por las sienes, unos pelos rojizos lacios. Lleva un *par-dessus* gris, ni oscuro ni claro, sucio, y que parece de cartón gordo. Habla con voz agria y enérgica. Al entrar en el autobús donde ya estamos, no nos dice nada en forma de saludo, sino que empieza diciendo: "Vamos a ver Detskoye Seló, que antes era palacio del



Zar y ahora está dedicado a cuidado de los niños y recreo de los obreros, lo mismo que el palacio que construyó Catalina.

Echamos a andar y empezamos a dar tumbos por los baches del camino. Nos agarrábamos a las paredes del coche para quedarnos al aire y se tomó a risa. Luego atravesamos la ciudad y salen los grupos de niños hacia nosotros corriendo y dando gritos. Pasamos un arco de triunfo, algo como la puerta de Brandemburgo de Berlín, y en todo lo alto hay no un asta sino un palo torcido así [vid. dibujo E] con una bandera grande de color chocolate con un poco de polvo de carbón además, y que debió quizá ser roja, y entramos en el campo que es otra pena. Hay sembrados algunos pedacitos pequeños de hortalizas y mucha hierba, por lo demás con alguna vaca sola o algún caballo. A todo lo largo de la carretera y a los dos lados hay casas, más o menos cercanas unas a otras, o juntas. No se puede pensar nada más ruinoso que esas casas. Todas; ni una he visto mediana. Da terror pensar cómo vivirá esa pobre gente ahí en el invierno ruso. Todas son de madera, viejas, muy oscuras, y algunas tienen restos de haber estado pintadas. Se puede decir que, de cada tres cristales, falta uno. Hay casas tan volcadas que tienen palos apuntalándolas. ¡Cómo estarán las habitaciones por dentro! La mayor parte tienen el segundo piso, que es donde está el ángulo del tejado, sin ningún cristal, y al pasar se ve la luz del techo, de manera que la lluvia y la nieve entran y han de gotear en los que duermen abajo. Como no tienen cristales en el piso de arriba, algunos han podido medio tapar las ventanas con tablas y clavos, y otros, la mayor parte, no. Hay tejados tan rotos que están descolgados y las tablas del tejado cuelgan tapando la mitad de las ventanas. He visto una que tiene un gran balcón corrido, pero no se puede salir por la puerta del balcón al balcón porque las tablas del suelo del balcón están colgando sujetas a un lado y sueltas y podridas por el otro. Algunas tienen al lado un corral cuya pared es de tablas, y como están podridas y no las arreglan, se ven torcidas por unos lados y levantadas del suelo, por el contrario, algunas más de un metro. El portón se ha ido a esa altura y además, por lo tanto, está echado hacia atrás; así es que resulta que no se podría abrir; pero no es necesario, porque se pasa por debajo agachándose. Dentro se ve que lo que hay es hierba, de modo que tampoco hay para qué entrar. Estas no son una ni diez, sino muchas (lo del corral), porque todas son una ruina. Dando tumbos, como capotazos, por la falta de muelles, vamos por la carretera empedrada y abandonada cuando nuestra guía harpía manda parar. Se pone de pie y dice: "Antes, todo era poner muy perfectas las ciudades y abandonar el campo y los trabajadores del campo, y hoy nos ocupamos sobre todo del campo. Miren ustedes a nuestra derecha la vía de un tranvía y a la izquierda, en vez de esta carretera, esa que se está haciendo asfaltada." Como nadie la había visto antes, todos miran y luego nos miramos unos a otros sin atrevernos a reírnos. En efecto, a nuestra izquierda se ve el final de una carretera asfaltada que tendrá tres metros de ancho de asfalto y uno más de tierra a cada lado de modo que en los cruces habrá que meterse en barro y en baches; pero además es que hemos mirado hacia atrás, y lo más que tiene es ciento o ciento cincuenta metros de largo y se ve tirado en medio como un arado de hierro roto y oxidado. Manda seguir y seguimos. Hay muchos niños y todos salen a saludarnos con sus manecitas a la carretera. Todos los del coche los saludan y yo siento una gran pena por ellos. Cuando los niños tienen ya trece o catorce años miran pero no saludan. Al pasar por una casa ha salido un viejo con el gabán y la gorra clásica y con barba



blanca y al vernos se ha quitado la gorra. Poco después otro hombre nos ha saludado también con la gorra quitada. A la izquierda, lejos, hemos visto tres edificios de esos grandes de cemento para viviendas colectivas o para fábricas. Le hemos preguntado a esta fiera y dice que no sabe lo que son, pero yo creo que lo sabe todo.

Hay algunos trozos de camino que, aun a paso de persona, el autobús y sorteando las roturas se hace insoportable tanto tabletazo en los riñones. De pronto a la derecha, aún muy lejos, deslumbrantes como el sol, unas cúpulas de oro que parecen acabadas de hacer. Es el antiguo Tsarkoie Seló. Luego se tuerce a la derecha y entre barro y baches es una cosa imposible. Una puerta de verja se abre sobre dos pilares enormes de hierro feísimos con dibujos y relieves egipcios. Ya está el parque abandonado y con hierbas altas en el césped. Llegamos al palacio. Por las escaleras se ven hombres y mujeres del aspecto de los de la ciudad con la pátina amarillenta y el color de polvo. Esta revolución ha sido una fábrica de miseria. Nuestra harpía nos dice que la sigamos sin perdernos porque otros grupos de nuestra expedición están allí y además hay grupos bolcheviques de enseñanza. Nos dice que estos dos palacios son muy sanos porque están elevados y Leningrado es húmedo, en cambio, y que antes lo usaba el Tzar para divertirse, pero ahora sirven para los niños que no están sanos y para enseñanza del pueblo. No puedo seguir el orden de la visita. El palacio por fuera no es de piedra sino de revestido de mezcla, de muy mal gusto y pintado todo el fondo de mezcla de azul con blanco y los adornos de blanco. Dentro se encuentran unos obreros y mujeres que parecen fantasmas con la misma tristeza y el mismo tipo de mendigos. Nos miran y nos dejan pasar; esto es igual en los dos palacios, el mayor y el menor. El mayor es el de Catalina. Dice nuestra bolchevique que Nicolás II se pasó aquí la revolución de 1905 por miedo. Por todas partes hay puestas unas estampas bárbaras de técnica que nos explica. En una está el Tzar de pie y enfrente unos revolucionarios en la misma habitación en que sucedió la escena y les dice a los revolucionarios que los perdona por haber intentado la revolución. Era una comisión que el Tzar recibió allí. Y dice nuestra guía. Les decía eso y ya había fusilado muchos compañeros y luego se puso a bailar. Vimos la habitación, un salón circular por un lado, en cuyo centro hay una puerta por la que pretendió escapar el Tzar, pero lo estaban acechando en el jardín. Todas las puertas son muy débiles y de cristales como un balcón y las ventanas muy grandes, a medio metro del suelo, y sólo con el cristal de modo que se podía entrar sólo con un golpe. Vemos el dormitorio de los zares, horrible, de mal gusto, con cama de matrimonio y toda la pared llena de iconos. La mujer guía dice que tanto él como ella, pero todavía más ella, eran unos fanáticos; todo era rezar y tener iconos. Por todos lados se ven los grabados burdos insultando a los zares. Vemos una habitación de la zarina, espantosa y pobre como el dormitorio. También hay iconos y cuadros de santos, y la mujer repite lo mismo. Vemos la habitación preferida de la zarina, muy ridícula, con encajes y lazos y divanes claros y fotografías de familia, puestas entre telas y en las paredes, sin marcos. Por dentro los salones pintados como con cal. Vemos el sitio de jugar de los niños del Tzar con una cosa para deslizarse y debajo dos automóviles de juguete de zarevitch y otro mayor fuera; y sin división los muebles hacen como si fuera una habitación aparte y allí le gustaba estar a la zarina. Es horrible de feo. Hay un retrato de la zarina, malo. Vemos una habitación con maderas y algunas cosas gordas de piedra. Es una habitación del Tzar y allí fué donde lo prendieron. En una ven-



tana que tiene dobles hojas de cristales biselados, en la parte baja de la hoja de la izquierda, están los dos cristales, el de fuera y el de dentro, rotos con un agujero y estrellados y fué una lucha de los partidarios y los enemigos. Hay, además, y la vimos, una habitación del Tzar con una especie de piscina hundida. Es como un pasillo y como si lo demás de la habitación fuera un metro más alta del suelo. Se sube por unos escalones a esta parte alta, que es la de la izquierda, y la de la derecha, hundida, la piscina. Tiene en el pasillo una cosa para colgarse y hacer gimnasia. Dice la guía: "se cuidaba mucho de su salud, pero nada más que de la suya". Entramos a un despacho del Tzar. Es grande, tiene un enorme diván y una enorme mesa de trabajo con una lámpara de pie de bronce dorado, también muy grande, y comenta la guía harpía: "Miren ustedes, si un hombre que tiene tantos súbditos como tenía éste debía tener un diván tan grande para tenderse en vez de trabajar." Se abre una gran mampara en la pared y hay otra serie de grabados. Dos grabados insultantes lo llenan todo, para mantener el odio sagrado y que así se sientan de algún modo satisfechos en su tragedia. Pasamos a una especie de pasillo sin salida con uniformes del Tzar (hay 10 ó 12), y añade la mujer que nos guía: "Ya ven ustedes que era muy chico, pero más chico todavía era de inteligencia." Algunas habitaciones tienen galerías altas que comunican las que eran habitaciones del Tzar y de la zarina. Dice la mujer guía que mandaba fusilar a los pobres y se ponía a bailar y que cuando iban a decirle que habían condenado a alguno a muerte contestaba que lo dejaran en paz y seguía bailando. Nos vamos al otro palacio, muy cerca, y por el suelo o contra una casa se siguen viendo los viejos con gorra y la cabeza con la barbilla sobre el pecho. En un ala del palacio más baja que parecen dependencias se ven ropas tendidas en las ventanas. Algo se está lavando en Tsarkoie Seló.

Vamos al otro palacio, que es grande también, de muchos adornos y pintado de blanco, y es el de la emperatriz Catalina.

Al entrar, en el vestíbulo pequeñito, en seguida hay un caballo de pasta y montada una figura con armadura de torneo, y dice la harpía: "Los zares y la aristocracia se entretenían en esto, pero miren la pared que hay detrás." Y, en efecto, hay un relieve de más de tamaño natural coloreado algo, con un pobre doblado trabajando la tierra, y añade: "Para que se divirtieran en eso era menester que los pobres hicieran esto." En la habitación contigua, entre las cosas que hay allí antiguas, han puesto un alto relieve de escayola de más de tamaño natural policromado muy agrio y con telas y pelucas. El relieve es inmenso. Arriba hay una zarina gorda con un descote escandaloso, muy color de rosa y muy orgullosa con su corona en la cabeza. Debajo gente con casaca de tela pegada a la escayola; son la aristocracia y la legislatura. Hay como un abogado o ministro leyendo un gran papel que es de papel suelto, que se mantiene tieso y ya ha empezado a rasgarse. Esta figura está a la izquierda del espectador. Debajo está el ejército y debajo los trabajadores que son unos pobres aplastados con las cabezas colgando con pelucas de estopa o rafia, y nos explica la mujer que así se sostenía todo. (Todo esto es para preparar al pueblo a la entrada.) Dentro se ven salones con cosas magníficas. Una habitación tiene todas las paredes de trozos de ambar ya antiguo. Hay en otras mesas de malaquita, grandes, y otras de lapislázuli. Llegamos al salón de recepción y nos dice la mujer que nos guía: "En esta habitación estaba prohibida la entrada a los perros y a los soldados; ahora entran los soldados siempre que quie-



ren." Nos encontramos dos o tres grupos a los que explica una muchacha, todos con el aspecto de los de las calles de Leningrado. Un grupo es extraño y me choca uno de los que lo forman que tiene una especie de bata de listas de colores vivos y me entero que son del Turkestán. Nos dice la mujer que el Tzar mandó soldados rusos a Persia para mejorar la raza y que hicieran con ellos lo que quisieran. Siguen los grabados insultantes para los zares y además las habitaciones del otro y este palacio tienen unas tiras anchas y largas de tela extendidas por las paredes, en las esquinas, por todas partes, y son rojas y tienen inscripciones en letras blancas. Ya se puede uno figurar lo que serán. Hay entre otras cosas una fotografía de Rasputín y nos dice la harpía que era un espía alemán para hundir a Rusia y que vendiendo secretos hizo perder la guerra a Rusia. Vemos el sitio preferido de la emperatriz Catalina, que es una habitación bonita, pequeña, cuyo frente es un diván y enfrente una ventana grande. Cosas de valor quedan todavía y las vemos y nos vamos a Leningrado. Nos perdemos en el camino porque el mecánico no lo sabe y pregunta la mujer y al fin se encuentra. Le pregunto si puedo hacer fotografías (esta pregunta es porque llevaba mi máquina toda la mañana y me obligó a dejarla en el autobús) y me dice que sí, que las que quiera en la calle, pero que entonces no me puede dejar que me las lleve sin que las revele antes el Inturiste Office. Después de venir a Rusia comprendo por qué tienen tomada esta medida para que no se vea fuera lo que pasa aquí. Ya se puede uno figurar lo que significa la maniobra del revelado del Inturiste Office. Al subir una cuesta el automóvil se para y el mecánico no puede ponerlo en marcha. La mujer baja dando faldazos con aquel abrigo y yo me atrevo a hacer unas fotografías en aquel desconcierto, porque estamos lejos de Leningrado, que ni siquiera se ve. En lo hondo de la carretera aparece un automóvil y pronto vemos que es otro autobús del Inturiste. Algunos se acomodan allí con la protesta de la mujer guía que va en aquel coche y nosotros nos quedamos allí a ver si queda otro autobús de nuestros excursionistas, pero el mecánico consigue poner en marcha el motor y seguimos. La mujer guía se sienta en los primeros bancos y al final ha quedado vacío y allí me voy. La señora del italiano la vigila mientras yo intento hacer alguna fotografía a través de los cristales, y veremos si ha salido algo con los saltos que daba el coche. La mujer guía no me ha visto y la señora italiana tenía mucho miedo por si me veía. Vamos al Hotel Europa, donde nos van a dar de almorzar. Ya hay varios automóviles en la puerta y muchos curiosos que inspiran una gran lástima, tan tristes y miserables, y tan resignados. El hotel es magnífico y se le nota que ha pasado la revolución y que está acondicionado para los turistas burgueses desde hace muy poco tiempo que los bolcheviques consintieron el turismo en Rusia. Hay manicura y *salon de beauté*. Las camareras, las puertas, todo tiene el aspecto de lo que ha pasado y de lo que pasa. Los camareros están atentos como en cualquier parte. (Al volver por la carretera de Tsarkoie Seló he visto que en uno de los edificios nuevos grandes se ve por las ventanas la luz del cielo.) Nos dan de comer *sandwichs*, luego una especie de huevos revueltos que yo no tomo, unos pasteles, de los que no se quitan las moscas bien gordas, y un vaso de café con leche. Pido un *vodka* para probarlo. Una copita de las de licor vale una corona sueca, porque en todas partes toman cualquier dinero, que siempre es mejor que el suyo. Quería coger una moneda o un billete ruso para guardarlo y no he podido ni los he visto, ni algunos compañeros de viaje que querían como yo y lo han pedido. El barco cambia moneda a cada sitio donde vamos menos moneda rusa. Nos vamos



y hemos de ver el museo de la Ermita y la fortaleza de Pedro y Pablo, más la catedral de San Isaac, que yo sabía convertida en museo antirreligioso. El museo (después de pasar por todo el centro y ver donde cayeron los primeros muertos de la revolución, y por fuera del palacio de invierno que atacaron los revolucionarios y los puertos del Neva y las Perspectivas) está en una calle de la izquierda del palacio de Invierno. Unas metopas de colores de piedra oscura sostienen la portada. No he visto allí el Papa Inocencio de Velázquez y sí otros Velázquez. Hay cosas magníficas, pero los Rembrandts son portentosos, sobre todo el desnudo de mujer en la cama, que no recuerdo qué representa y una media figura de viejo con gorro rojo y dos medias figuras más. Es asombroso.

Vamos a la catedral de San Isaac.

En el museo se ven bastantes mujeres y hombres parados en cualquier parte sin mirar nada o mirándonos a nosotros y se apartan para que pasemos y hay también soldados. Todas las mujeres y hombres con esos trapos para cubrirse, esas chaquetas y esas gorras y esa pátina amarillenta mate en la cara y en el pelo. Todos están cubiertos, menos nosotros los burgueses. La catedral de San Isaac es un edificio enorme, magnífico de piedra, de estilo clásico, con columnas grandísimas brillantes de piedra oscura. Han quitado todo lo del culto, y desde la bóveda, que es altísima, pende un hilo de cobre con un péndulo con lo que constantemente se está viendo el experimento de la rotación de la Tierra. Tanta es la altura. Las columnas de la catedral son 112 y son monolíticas. Hay un gran desorden de cartelones de bandas rojas grandes con letreros en blanco, de pantallas con grabados contra la religión y de burlas, cuyo total es una sensación de plebeyez de lo más inferior. Un grabado en colores del tren que descarriló y todo se rompió menos el coche del Tzar y la gente creyó que era un milagro. Son grabados groseros como los de las vidas y casi todos con colores azul, verde, colorado y amarillo. Hay una cosa como una faja colgada en curva, hacia abajo, en la que hay diez cuadritos como decoraciones, iluminados por dentro, con las 10 maneras que tenía la iglesia de sacar el dinero: el bautismo, el casamiento, etc. Los letreros que hay por toda la iglesia, en tiras rojas, abundan mucho, y al ver uno de columna a columna debajo de un arco que tiene una inscripción religiosa, uno de nuestro grupo le dijo a la harpía si quería traducírnoslo y decía: "La creencia en Dios ha servido siempre para explotar al pobre." Papeles pegados o sujetos con puntillas, impresos o escritos a mano, con grabados bárbaros sobre objetos de arte magníficos y materiales como columnas de malaquita de más de 6 metros de altas y otras de lapislázuli de más de cinco con capiteles de bronce dorado. ¡Cómo pierden valor estando aquí mismo todas estas cosas, al recordar la impresión mía al saber que se había hecho este museo! Por todos lados donde voy parece que la revolución se acaba de hacer hace tres o cuatro días. Las calles, las personas, los edificios por dentro, el odio de unos y la sumisión y aspecto de desconcierto de los otros. Dentro de la catedral de San Isaac, entre aquel barullo de letreros y grabados, etc., hay un retrato de Lenin. Es sólo de la cabeza de tamaño natural y está amarillo y de estar mal hecha la fotografía se está destiñendo. Está sobre un cartón y no tiene marco ni cristal. El palacio de Invierno está pintado de color naranja mezclado con blanco y los adornos blancos. De la catedral de San Isaac vamos a la fortaleza de Pedro y Pablo, la famosa prisión del tiempo de los zares.

Se entra entre edificios y se llega a una gran plaza cuadrada, en el centro de la





EN LA CUBIERTA DEL SS. GRIPSHOLM. Barco sueco en que viajaba el pintor José María Rodríguez-Acosta.



HELSINGFORS. AL FONDO, LA CATEDRAL.



Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats



HELSINGFORS. EL PARLAMENTO.

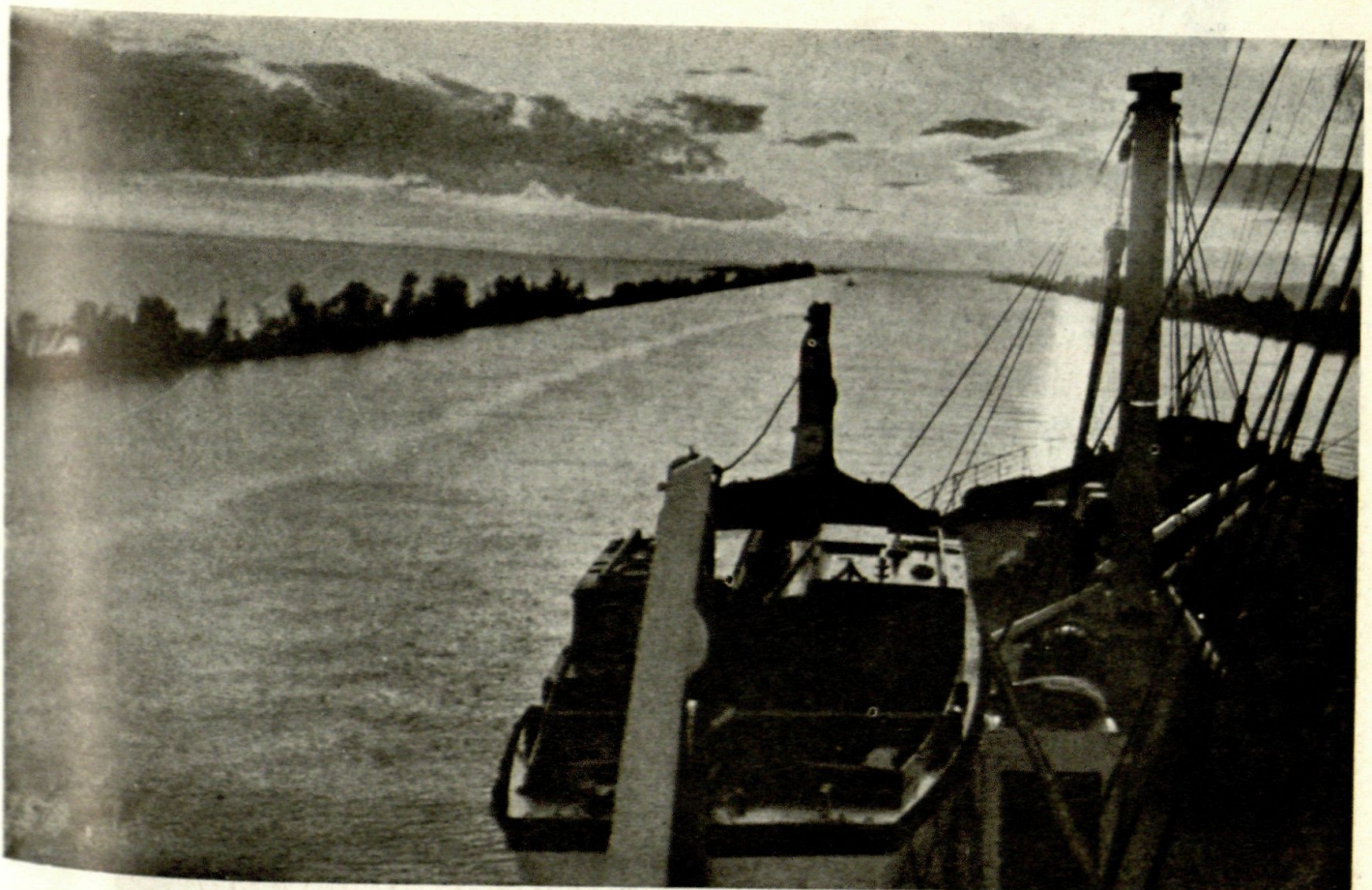


HELSINGFORS. ENTRADA AL PARLAMENTO. (El caballero de la derecha del grupo, con sombrero y gabardina, señalado con una x, es el pintor José María Rodríguez-Acosta.)





EL NEVA CERCA DE LENINGRADO.

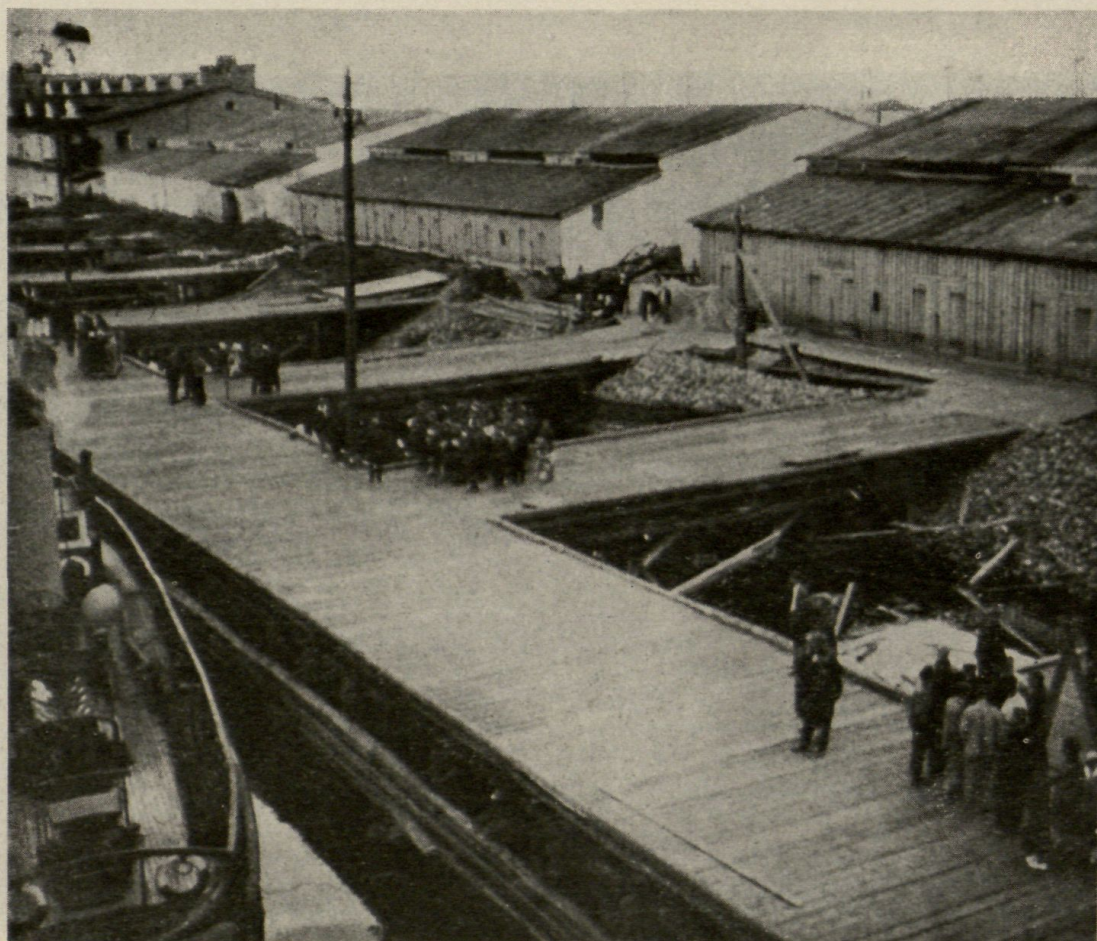


EL RÍO NEVA A LA ENTRADA DE LENINGRADO.





EL PUERTO DE LENINGRADO. Fotografía tomada por el pintor Rodríguez-Acosta desde el barco.

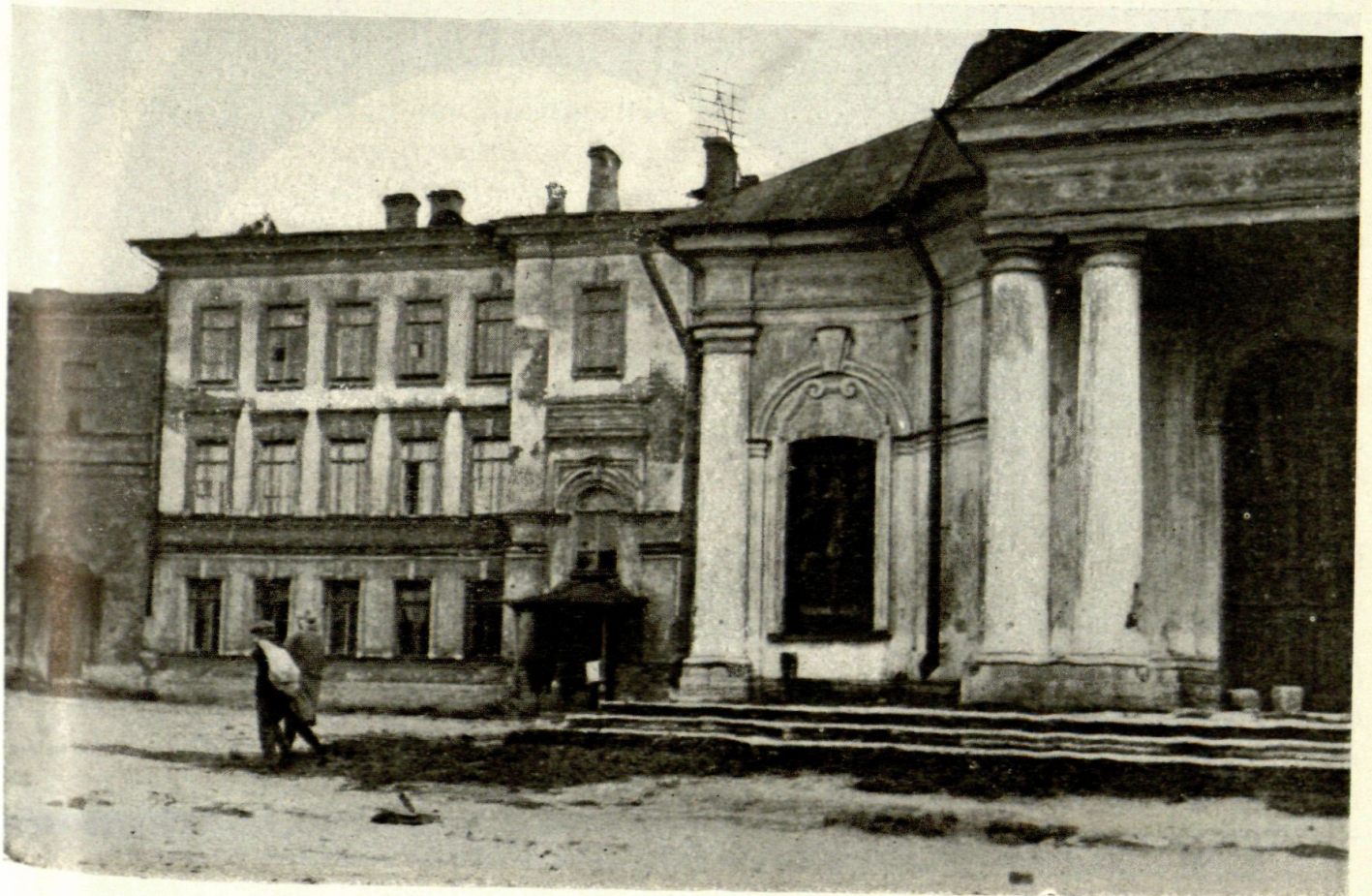


EL PUERTO DE LENINGRADO. Fotografía tomada por el autor desde el barco.



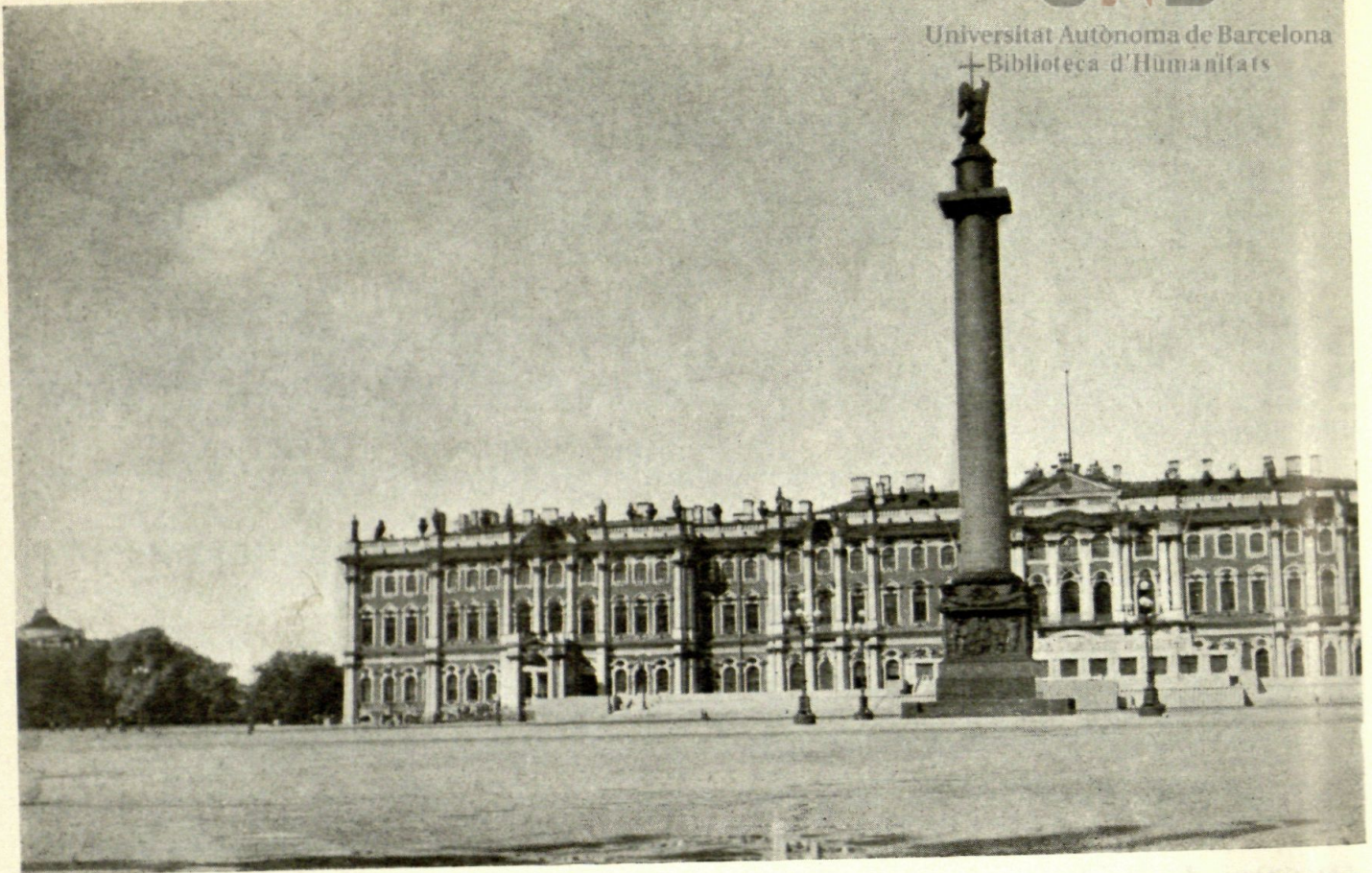


LENINGRADO. Los marineros y camareros del barco en que viajaba Rodríguez-Acosta, se ven atravesando la calle. A la derecha, en el fondo, se encuentran los autobuses de la expedición turística del pintor.

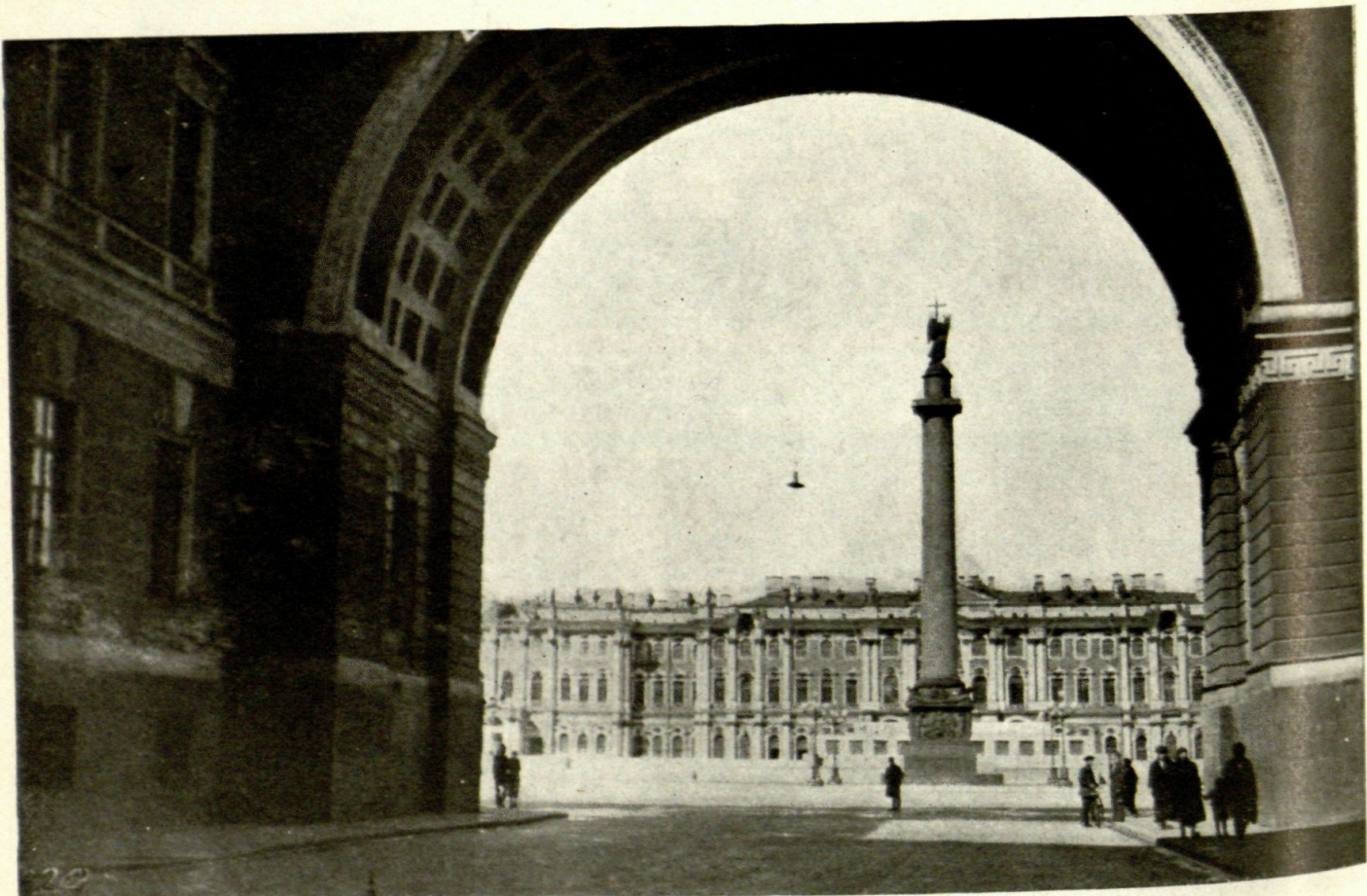


LENINGRADO.





LENINGRADO. El Palacio de Invierno.



LENINGRADO. El Palacio de Invierno.



cual hay una iglesia con una torre muy alta y una aguja dorada. Se entra a esa plaza por el lateral izquierdo y la entrada de la iglesia no a la entrada sino atrás, así [vid. dibujo F]. En A hay unas edificaciones, en B dicen que está la acuñación de moneda y ahora hacen moneda para Turquía. Luego, andando por detrás, por unas rejías, vemos a los obreros trabajando. (Ese trabajo y la demolición de una iglesia rusa, que han debido volar con dinamita y que formaba un montón de cascajo enorme, en el que se veía un pilar torcido de más de 4 metros de ancho por 6 de alto, es lo único que he visto trabajar.) Detrás de A-B empieza la prisión. Tiene un foso, es baja, con unas celdas al nivel del foso y otras encima. Tiene la altura de dos habitaciones. Tiene los tubos de instalación de gas. Un pasillo ancho delante de las celdas, los muros de las celdas muy gruesos. Entramos en las celdas. Tendrán estas siete metros y medio de fondo por tres y medio de ancho y cuatro de alto con bóveda. En el fondo alto hay una reja con cristales, y al otro lado del muro otra igual, que es una doble reja con un espacio de 80 centímetros que tendrá el muro. La reja tendrá un metro y medio de ancho por 0,80 de alto en esta forma [vid. dibujo G]. Las paredes, encaladas. Una cama de hierro en el centro de la pared de la izquierda y una mesa junto a la cama. Las puertas de las celdas son muy bastas y no muy fuertes, pintadas de un rojo mezclado con siena tostada. Tendrán 8 centímetros de grueso y un ventanillo para mirar. Alguna tiene encima como una raja para echar las cartas, y nos hace ver la mujer guía que era para observar al preso lo que era indudable martirio. Nos dice que las celdas de abajo eran para mayores castigos, pues eran más húmedas. Nos enseña una celda de castigo, oscura, en la que veo un recuadro de luz que es un cartón o unas tablas tapando la reja y puerta por dentro mismo. Si querían decirle a uno eso debían haber tapado con material la reja, porque, después de todo, sabemos que en las prisiones hacen eso y más también. Nos enseña las celdas que han tenido dos famosos revolucionarios cuyos nombres no conocía. Vamos a un sitio de castigo que servía para hacer declarar a los reos. Es una habitación muy pequeña, dividida por dos rejías y en uno de los compartimientos que quedan hay una estufa (éste es el compartimiento de la izquierda); en el compartimiento del centro se ponía un soldado y en el otro la familia del reo así [vid. dibujo H]. El reo entraba por una puerta en la reja que separa al soldado del reo. La estufa, en el sitio que indica el dibujo hasta el techo de la habitación, y la parte de abajo, unos ochenta centímetros, es de hierro. Como se ve por el dibujo, poco más o menos, la misma prisa tendría el soldado y la familia que el mismo preso en declarar, y en invierno creo que no declararían nadie. Me ha extrañado mucho que nuestra bruja no nos haya descrito martirios tremendos y que vea uno que aquella prisión de fama terrorífica lo es, pero no más que otra cualquiera. Salimos de ver la prisión y vamos a ver la iglesia por dentro. En el patio donde está tenemos que hacer un rodeo porque el empedrado está tan malo que hay un charco enorme. Entramos en la iglesia, que no tiene nada de particular. En el vestíbulo están las campanas que las han descolgado de la iglesia. Son preciosas con los relieves y las letras rusas (1). Nos subimos al camión autobús y dando saltos nos vamos al barco para llegar a la hora de zarpar. En una calle en que el autobús va muy despacio por culpa del piso se sube una mujer por la puerta lateral y se queda en el estribo sin poder entrar, y le da tales sacudidas a la puerta que la va a romper. Uno de los excursionistas la abre y la mujer entra, y entonces nuestra

(1). La torre tiene una flecha dorada altísima que se ve desde todas partes.



UAB  
Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats

mujer guía le dice que es exclusivo de turistas y la mujer que se subió se dirige al conductor diciéndole: "*Camarada*, para el autobús." Y se baja. En otras circunstancias iguales se sube un hombre y sucede lo mismo, y entonces la harpía se sienta al fondo del coche para evitar que se suba nadie más. Y yo les preguntaba a nuestros compañeros dónde iban aquellos dos que se subieron, porque no eran tranvías, que es lo que hay en Leningrado, ni tenían tablilla diciendo adónde iban, ni tampoco número ninguno. Llegamos. El Inturiste ha hecho en el desembarcadero un barracón de madera enorme y venden caviar (15 dólares la lata grande, única que tienen) y chocolate y tarjetas postales y té o café. Libros amontonados sucios y estropeados de ediciones buenas e ilustradas de libros franceses e ingleses. Iconos y cruces, objetos antiguos de malaquita, lapislázuli y oro (había dos pitilleras de oro de mucho peso), y gran cantidad de cajas y huevos con uno más chico dentro del otro, que se venden en todas partes, pedazos de telas antiguas y todo en gran desorden y lleno de polvo. Una mujer gorda sentada, con una mesilla, tiene a su derecha una caja con unos alambres gordos horizontales y unas cuentas aplastadas atravesadas por los alambres y con ello hace la reducción de toda la moneda con que uno pague, porque todo lo toman y lo que no se ve es moneda rusa. Yo compré el programa del teatro y le di a la vendedora una moneda de 10 ore sueca y la miró y se la metió en el bolsillo. Cuando compré en el museo de la "Ermita" el catálogo le enseñé moneda sueca y cogió y soltó varias monedas la mujer y al fin se quedó con una corona. No sabe uno dónde se pueden comprar cigarrillos ni sé si se puede, como no sea con bonos, y al fin encontré en el Hotel Europa dónde comimos y tienen una especie de confitería y bebida para los turistas. Eran cigarrillos turcos, pero hechos en Rusia, y no pueden ser para los pobres rusos. No sé para quién puedan ser más. Cigarros puros no tenían. Al irle a dar dinero a la guía cuando terminó con nosotros, dijo que no lo podía tomar, pero que allí en el barracón vendían chocolate que se lo compraran y se lo dieran, y allí fueron todos a comprarlo y dárselo. Yo lo compré y como me entretuve en el barracón hasta que el barco tocó la sirena, cuando entré ya no la ví. Subimos al barco y allí está en el salón con los empleados del barco la policía soviética, y a cambio de entregarles el permiso que nos dieron para desembarcar nos devuelven nuestros pasaportes. La música militar soviética está allí y empieza a tocar mientras el barco arranca y hasta que nos vamos. La gente del barco les aplaude. Allí quedan, como cuando llegamos, algunos pobres rusos mirando inmóviles y como si no vieran. Son las siete y media de la tarde del 12 de agosto de 1933.

La última vez que pasamos por el centro vimos un edificio grande moderno y de magnífico aspecto en construcción y le preguntaron a la guía qué era aquello, y contestó que era una *casa apolítica*. Yo le dije a un señor que habla inglés y que fué el que hizo la pregunta que le volvieran a preguntar qué significaba eso, pero me dijo que no se atrevía y los otros compañeros opinaron como él.

En el pórtico de la catedral de San Isaac (el museo antirreligioso) todo el mundo nos miraba y un grupo de chiquillos vino a nosotros pidiéndonos con la mano. La bruja se indignó y les hablaba y les ponía una cara de indignación a los chiquillos que tampoco les asustó, y había que verla entonces dando faldonazos con su abrigo gris de cartón y echarlos como moscas. Los que nos miraban seguían como estatuas. Cuando en el barco, yendo a Leningrado, nos dijo un oficial que si íbamos a andar por las calles debíamos de vestirnos lo peor que pudiéramos, creí que era



una majadería. Después he visto que ni aun con esa precaución se puede andar por las calles de allí, porque se pararía la gente o se vendría detrás y además sería una situación muy desagradable, aun cuando no pasara nada. Me figuro la propaganda que habrá sido para los del servicio del barco ver el paraíso de los soviets y la propaganda que habrá sido para los rusos el ver a éstos. Se explica ahora que no dejen salir a los rusos para que no vean lo que pasa fuera de su país y crean que ellos están mejor que nadie, y no me explico cómo, aun prohibiendo las fotografías, han consentido el turismo, porque la gente que va cuenta lo que ve, y si a unos no se les puede creer, a otros sí se les cree y la noticia se va extendiendo. Este barco, por dejarnos entrar, o sea, visarnos los pasaportes en este viaje, ha pagado al gobierno 18.000 coronas suecas, que al cambio actual es más de 36.000 pesetas, y por mucho que entre, todo lo que hayamos gastado cada uno no creo que le convenga al Gobierno ruso que por ese dinero hayamos visto todo lo que hemos visto. El alumbrado de Leningrado es muy malo porque hay muy poca luz y algunas farolas o soportes antiguos que no son malos, y claro es que están oxidados hasta el tuétano, pero lo demás es un tubo que sale de la pared con una lámpara y pantalla verde por arriba y blanca por debajo, así [vid. dibujo I].

Las mujeres sin uniforme, sino con sus ropas, barren las calles. Se ve una al cabo de un siglo. Yo no he visto más que dos. Decían que el que venía a Rusia invitado por los jefes bolcheviques volvía haciendo elogios porque le habían enseñado cosas preparadas, y uno lo podía creer pensando que las ciudades con sus casas, sus calles y la gente eran normales y que en el campo sucedía lo mismo; pero el que venga, como tiene que ver la ruina de todo, la espantosa miseria, la tristeza y la tragedia de las personas y la destrucción que se está consumando de todo lo que había, no puede hacer elogios honradamente porque comete un crimen al intentar ayudar que alguien pueda caer en ese espanto. A este pobre pueblo le enseñan y le inyectan el odio de clases, la supresión de toda sentimentalidad paternal, filial, fraternal, religiosa y de la amistad, y no les enseñan más que el derecho de cada uno de las cosas materiales porque tal sentimiento es burgués. De los deberes no hay que hablar. Es el intento de la deshumanización y no hay más que odio y orgullo y desesperanza, dentro de una miseria moral, espiritual y física, espantosa, y los que no son bolcheviques están aturridos, entristecidos hasta lo más hondo y también sin esperanza, y ese es el aspecto de la gente de la calle y de la calle misma.

En los museos, en los palacios hay gente y, sobre todo, en las puertas, parados, pero las aceras están siempre llenas de gente. No es una poca, ni a ésta ni a la otra hora, sino que todo el día están llenas, muy llenas, de gente, y yo me pregunto cómo es que no hay parados en Rusia, porque yo he visto muchísimos miles de personas en la calle, parados o andando muy despacio. El aspecto de las calles es muy curioso. Toda la calzada, que es muy ancha, en casi todas las calles, sobre todo en el centro, está completamente vacía, salvo cuando pasan tranvías que algunas veces llevan 3 ó 4 remolques y las dos aceras son como procesiones de pobres.

En el museo antirreligioso hay dos grandes urnas de cristal levantadas del suelo unos 70 centímetros; en una hay una momia y en la otra dos momias. Explica la bruja que la momia sola era de un hombre que la gente creía que era santo y por eso se había momificado, pero que habían puesto al lado la otra urna con las momias de dos criminales para que la gente vea que era una tontería creer lo del santo,



y nos dijo que el momificarse era una cuestión especial del sitio del enterramiento y otras causas. Es menester ser estúpidos, la guía y el pueblo a quien le explican eso.

Volviendo de Tsarkoie-Seló he visto por el campo cerca del autobús dos popes andando uno delante de otro a unos dos metros de distancia. Eran las dos únicas personas decentemente vestidas que he visto en todo el tiempo.

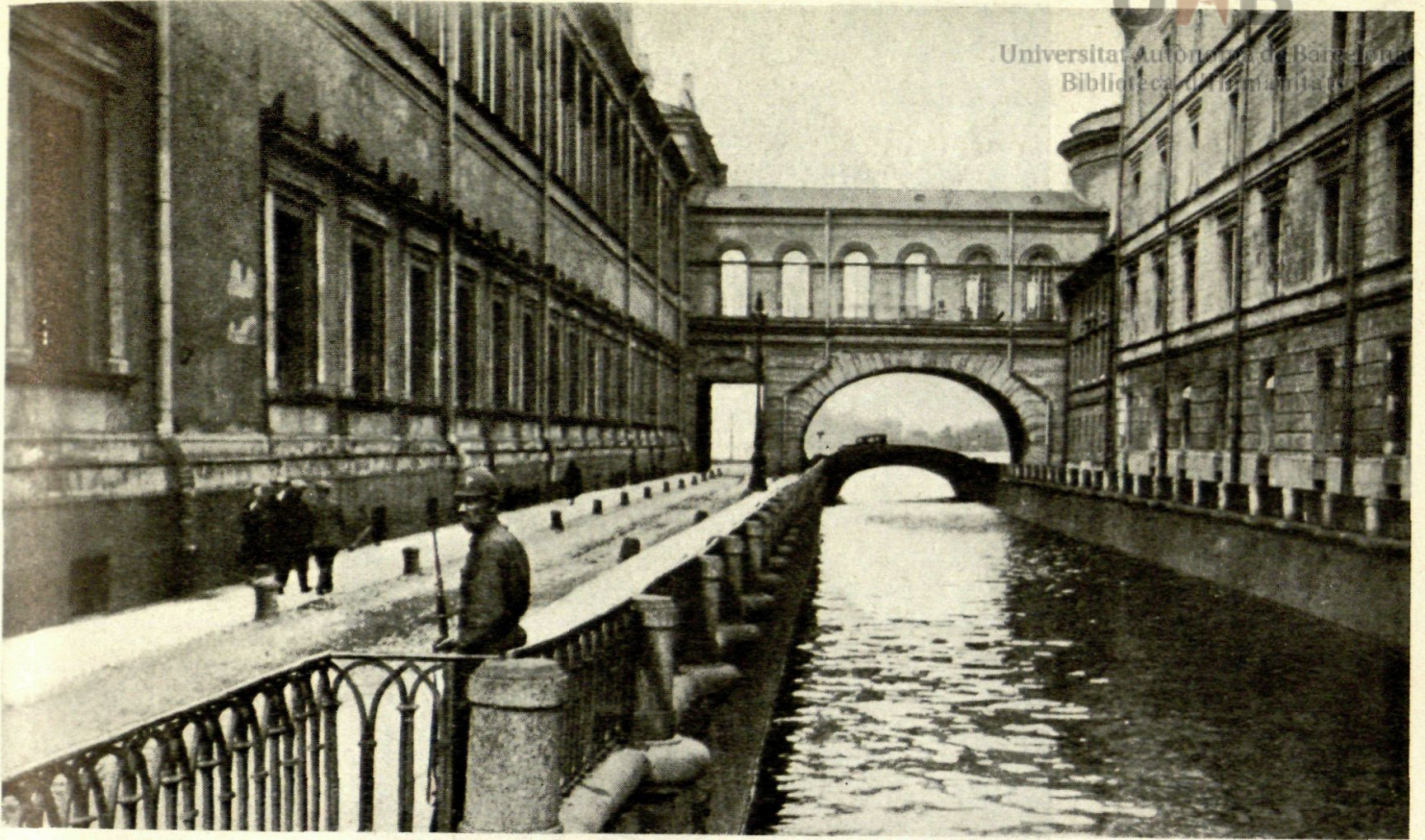
En el puerto todo aparece parado, como un colapso, y todo está sucio. La gente que se ve en el puerto, obreros o lo que sean, están como el puerto y parecen también en colapso. Además no se ven las grandes grúas y máquinas y carriles de todos los puertos grandes.

En las calles no hay el más leve tráfico, y no me explico para qué son los dos o tres guardias de la circulación que he visto, y no sé si son dos o tres los guardias vistos o que he pasado por la misma calle. Sin comercio, no hay nada en todo el día que le incite a uno al deseo de poseer, de adquirir algo, de hacer un esfuerzo de trabajo o de economía que le proporcione a uno ese placer. No debe haber para esta gente más ilusión ni más ideal que el bono para meterse en la cola que le corresponda y que le den la comida que también le corresponda; y además el bono de ropa, que por lo que se ve se debe repartir cada diez o quince años, si no es un ideal que no llega nunca. No puede haber un espectáculo que produzca más tristeza ni más conmiseración. Es una indecible angustia ver como viven tantos millones de criaturas.

Las mujeres van vestidas o, mejor dicho, tapadas con un pañuelo en la cabeza, como antiguamente en Andalucía y las chulas. El cuerpo cubierto con un chaquetón andrajoso que parece la chaqueta del marido cuando está deshilachada por las mangas y por todas partes, que parece le está grande a la mujer; más abajo, unas telas en forma de falda, y los pies con botas grandes, y todas, todas, destrozadas.

(Continuará)





LENINGRADO.

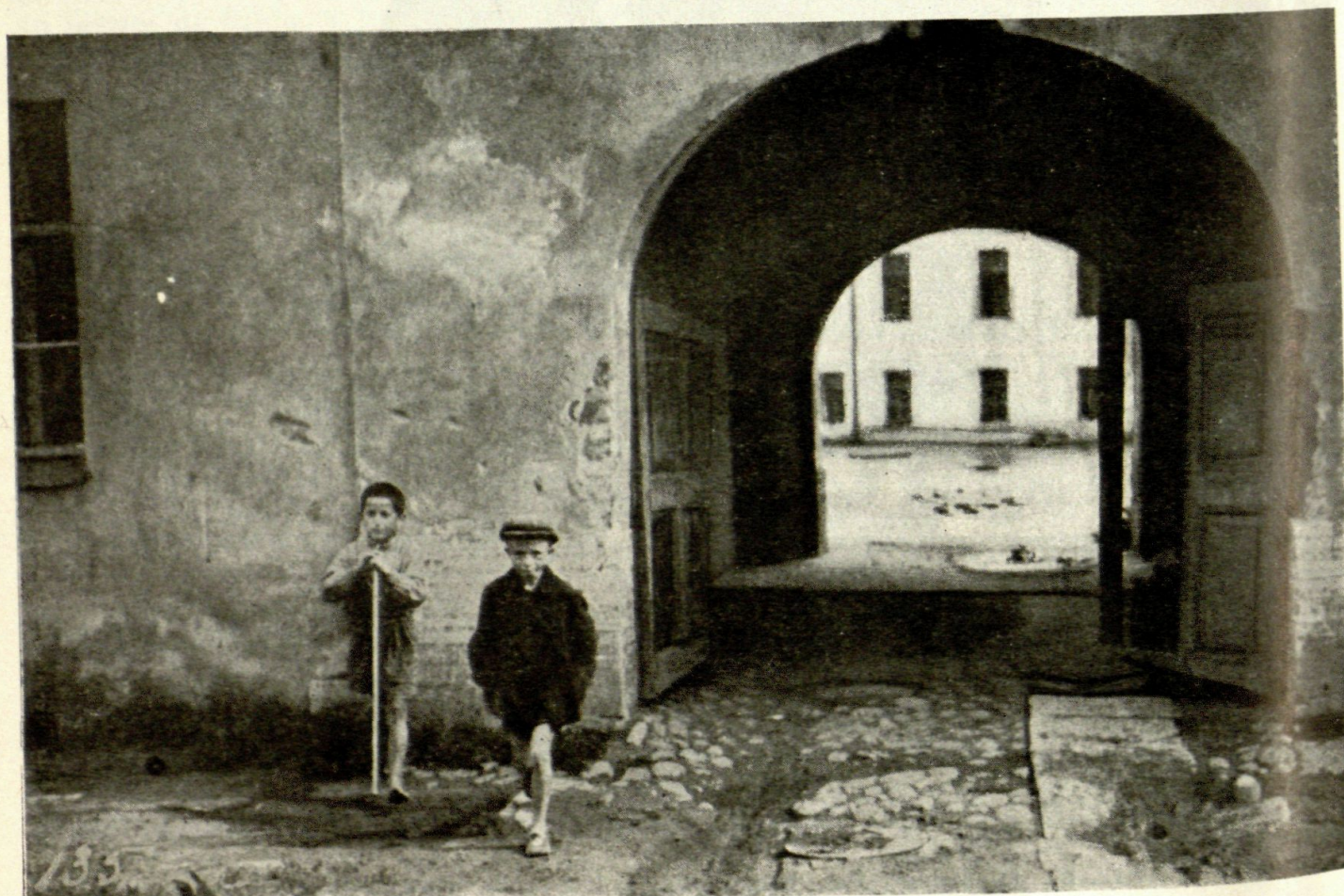


LENINGRADO. ENTRADA AL MUSEO DE L'ERMITAGE. A la puerta, los automóviles de los pasajeros del barco en que viajaba Rodríguez-Acosta.





LENINGRADO.



LENINGRADO.





LENINGRADO.



LENINGRADO.





DETSKOIE SELO. Entrada al Palacio de la Emperatriz Catalina.



DETSKOIE SELO. Entrada a los Palacios de los Zares.



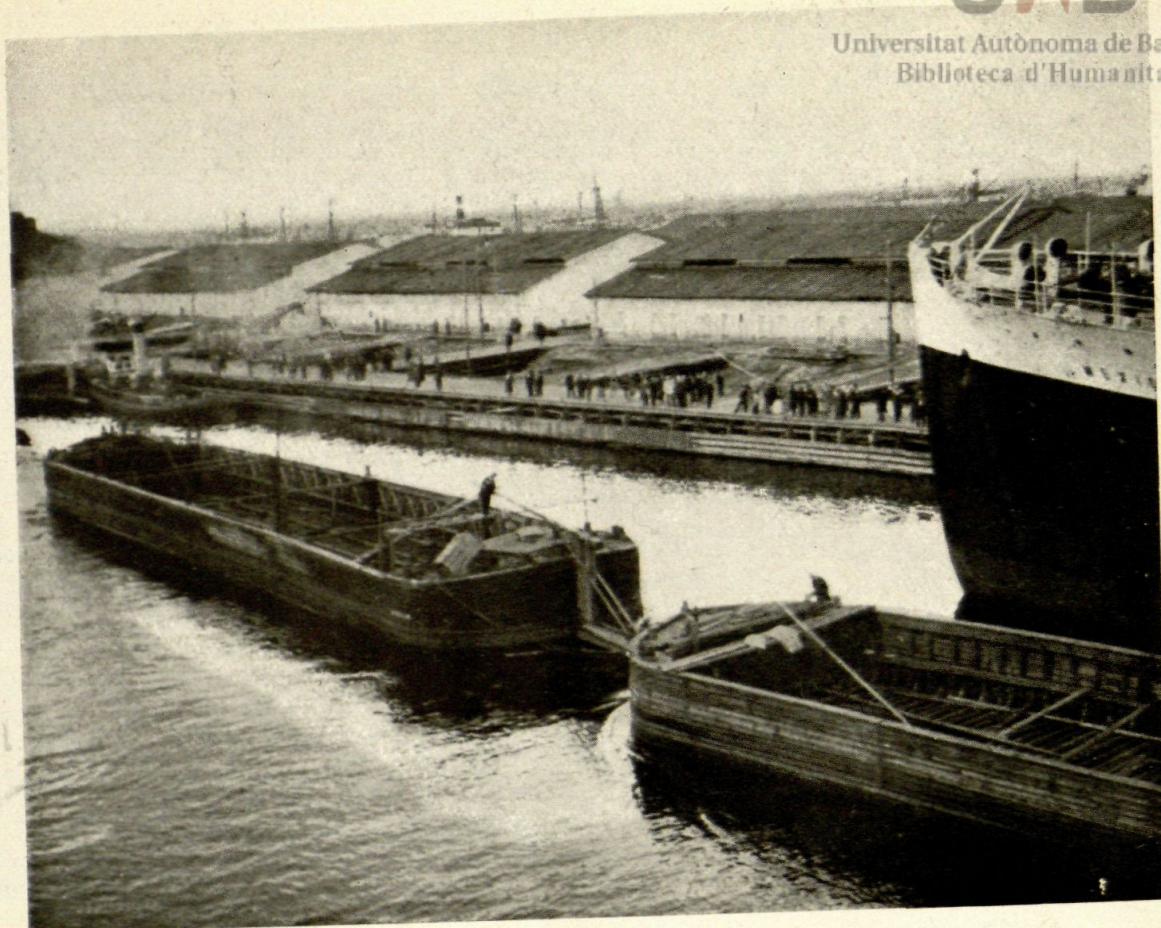


DE DETSKOIE SELO A LENINGRADO. Fotografía hecha por el autor.



DE DETSKOIE SELO A LENINGRADO.





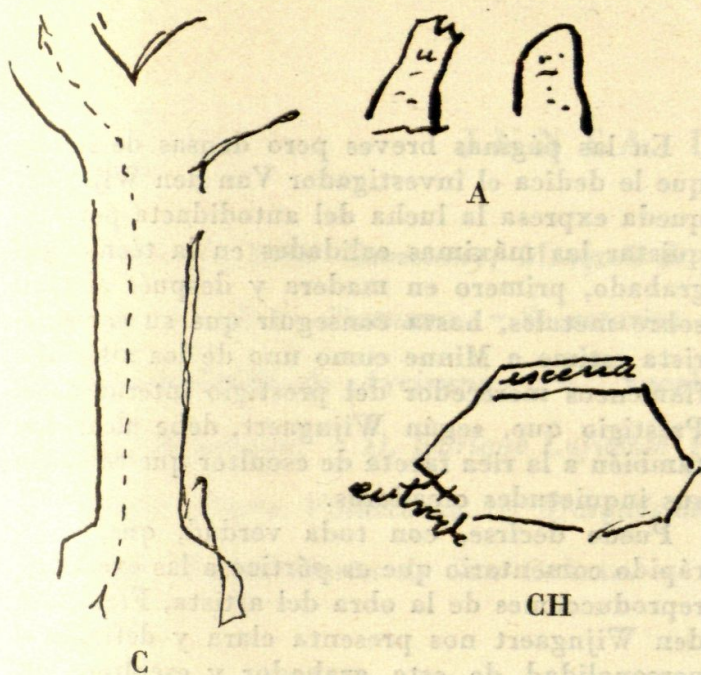
SALIDA DE LENINGRADO.



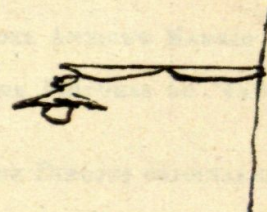
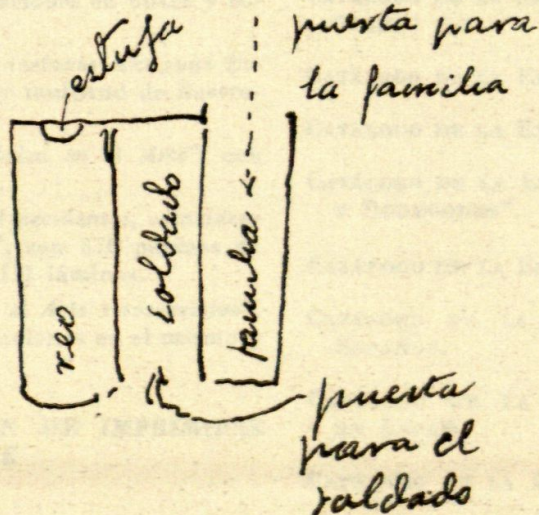
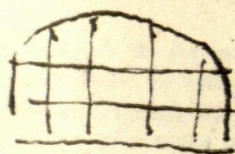
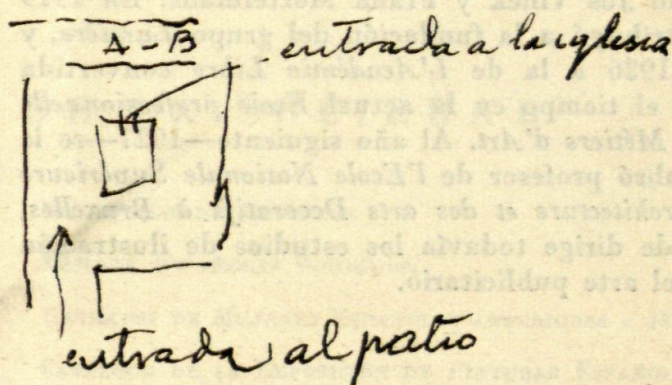
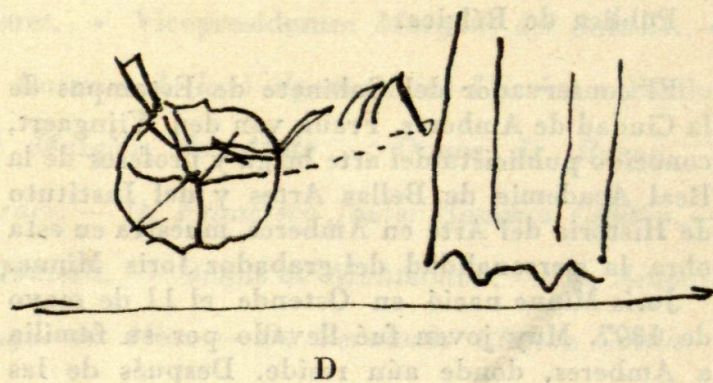
SALIDA DE LENINGRADO.



**FACSIMILES DE LOS DIBUJOS INTERCALADOS EN EL TEXTO  
DEL DIARIO DE RODRÍGUEZ-ACOSTA**



1234567890





# Bibliografía

WIJNGAERT, Frank van den.—*Joris Minne*. Monografías de l'Art Belgue. Editado por De Sikkel, Amberes, Ministerio de Instrucción Pública de Bélgica.

El conservador del Gabinete de Estampas de la Ciudad de Amberes, Frank van den Wijngaert, conocido publicista del arte belga y profesor de la Real Academia de Bellas Artes y del Instituto de Historia del Arte en Amberes, muestra en esta obra la personalidad del grabador Joris Minne.

Joris Minne nació en Ostende el 11 de mayo de 1897. Muy joven fué llevado por su familia a Amberes, donde aún reside. Después de las enseñanzas escolares siguió durante cierto tiempo los cursos de la Academia Berchem y más tarde estableció su taller con pintores amigos tales como Jos Vinck y Frank Mortelmans. En 1919 contribuyó a la fundación del grupo *Lumière*, y en 1926 a la de *L'Académie Libre* convertida con el tiempo en la actual *Ecole professionnelle des Métiers d'Art*. Al año siguiente—1927—se le nombró profesor de *l'Ecole Nationale Supérieure d'Architecture et des arts Decoratifs à Bruxelles*, donde dirige todavía los estudios de ilustración y del arte publicitario.

En las páginas breves pero densas de interés que le dedica el investigador Van den Wijngaert queda expresa la lucha del autodidacta por conquistar las máximas calidades en la técnica del grabado, primero en madera y después al buril sobre metales, hasta conseguir que su comentarista estime a Minne como uno de los xilógrafos flamencos merecedor del prestigio internacional. Prestigio que, según Wijngaert, debe alcanzarle también a la rica faceta de escultor que completa sus inquietudes creadoras.

Puede decirse, con toda verdad, que, en el rápido comentario que es póstico a las excelentes reproducciones de la obra del artista, Frank van den Wijngaert nos presenta clara y definida la personalidad de este grabador y escultor, que en sus creaciones le vemos más cerca del nórdico germanismo que de las modernas corrientes francesas que tanto han obsesionado a los artistas de los lugares más diversos. Evidentemente, en esta magnífica publicación del Ministerio de Instrucción Pública belga, se ha logrado una justa proporción entre la agudeza del texto conciso y la selección de la láminas.

J. DE LA P.



# SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE

Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats

(FUNDADA EN 1909)

## JUNTA DIRECTIVA

**Presidente:** D. Julio Cavestany, Marqués de Moret. → **Vicepresidente:** Marqués del Saltillo. → **Tesorero:** Conde de Fontanar. → **Secretario:** D. Dalmiro de la Válgoma Díaz-Varela. → **Bibliotecario:** Marqués de Aycinena. → **Vocales:** Marqués de Aledo. — Duque de Baena. — Marqués de Lozoya. — D. Enrique Lafuente Ferrari. — D. Francisco Javier Sánchez Cantón. — D. Alfonso García Valdecasas. — Marqués de Montesa. — Duque de Montellano. — D. Antonio Gallego Burín, Barón de San Calixto. — Duque de Alba. — D. Fernando Chueca Goitia.

## PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD

Catálogo de la Exposición de Orfebrería Civil Española, con 163 páginas y 42 ilustraciones.

Catálogo de la Exposición de Códices Miniados Españoles, con 270 páginas de texto y 82 ilustraciones.

El Palacete de la Moncloa, con 30 páginas de texto y más de 60 ilustraciones fuera de texto.

Catálogo de la Exposición "Aportación al Estudio de la Cultura Española en las Indias", con 104 páginas de texto y más de 100 ilustraciones fuera de texto.

Catálogo de la Exposición de Alfombras Antiguas Españolas, con 228 páginas y 63 grandes ilustraciones en bistro y colores.

Catálogo de la Exposición de Encuadernaciones Antiguas Españolas, con 249 páginas de texto y multitud de ilustraciones.

Catálogo de la Exposición "La Heráldica en el Arte", con 96 páginas de texto y 117 láminas.

Catálogo ilustrado de la Exposición "Antecedentes, coincidencias e influencias del arte de Goya", con 378 páginas de texto, 81 ilustraciones, más XXXVIII láminas.

Catálogo de la Exposición "La caza en el Arte retrospectivo", con 110 páginas de texto, 30 ilustraciones en el mismo y 64 láminas en negro y 12 en color.

### CATÁLOGOS AGOTADOS QUE HAN DE IMPRIMIRSE SUCESIVAMENTE

ANTIGUA CERÁMICA ESPAÑOLA.

MOBILIARIO ESPAÑOL DE LOS SIGLOS XV, XVI Y PRIMERA MITAD DEL XVII.

MINIATURAS DE RETRATOS.

TEJIDOS ESPAÑOLES ANTIGUOS.

RETRATOS DE MUJERES ESPAÑOLAS ANTERIORES A 1850

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE PINTURAS ESPAÑOLAS DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE LENCERÍAS Y ENCAJES ESPAÑOLES.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE HIERROS ANTIGUOS ESPAÑOLES.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DEL ABANICO EN ESPAÑA.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DEL ANTIGUO MADRID.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE PINTURAS DE "FLOREROS Y BODEGONES".

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE DIBUJOS ORIGINALES.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE ARTE PREHISTÓRICO ESPAÑOL.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE RETRATOS DE NIÑOS EN ESPAÑA

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN DE ARTE FRANCISCANO.

165 FIRMAS DE PINTORES TOMADAS DE CUADROS DE FLORES Y BODEGONES.



